



OBISPO



OBISPO

HOMILÍAS

**Exequias de las Hnas. Celsa Valado Martínez y Julia González Rodríguez,
Carmelitas de la Caridad Vedruna.**

Capilla del Colegio de Santa Teresa de las Carmelitas de la Caridad Vedruna. 17 de enero de 2018.

Fil 3, 20-21

Mt 25,1-3

Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes. Saludo en especial a D. Camilo, obispo emérito de Astorga, a D. Tomás, a D. José Antonio y a los demás familiares de la Hna. Celsa Valado Martínez. A los familiares de la Hna. Julia González Rodríguez, religiosas Carmelitas de la Caridad Vedruna.

Y sobre todo a vosotras, mis queridas Hnas. Carmelitas de la Caridad, Hijas de santa Joaquina Vedruna que, en un espacio de poco más de dos horas, y en la misma Casa, habéis perdido a dos Hnas, aunque quizás, en cristiano, sería mejor decir, habéis ganado para esos cielos nuevos y esa tierra nueva a dos de vuestras Hnas.

Hermanas y hermanos míos: amigos de esta Comunidad religiosa y de este Colegio. Gracias por vuestra presencia.

Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí Padre, así te ha parecido mejor (Mt 11, 25-26)

Sólo la Palabra del Señor, acogida en el seno de la Comunidad orante de la Iglesia, como es en este caso, nos puede ayudar a penetrar en el misterio de la vida y de la muerte que casi siempre, aunque no nos lo creamos, parece que nos está pisando los talones. Es como esa “hermana” - tal como la llamaba san Francisco- que está estrechamente vinculada a nuestra propia existencia; sin embargo, a pesar de todo eso, nos cuesta recibirla, aceptarla y, sobre todo entenderla dentro de los planes del Dios de la misericordia. Todos necesitamos abrirnos, constantemente, a la Palabra del Señor y así descubrir su querer sobre nosotros y sobre los nuestros, de manera especial sobre nuestros seres más queridos y cercanos. Necesitamos, tal como nos lo recuerda Jesús hoy, en el Evangelio proclamado en esta liturgia exequial: *aprender a ser sencillos*. Quizás en una sociedad tan complicada como la nuestra, que se mueve con tanta rapidez a través de esas grandes autopistas de la comunicación, la invitación de Jesús a *ser sencillos* es una asigna-

tura que nos resulta especialmente difícil de digerir. *Ser sencillos* tiene mucho que ver con ser hombres y mujeres orantes, porque sólo desde la perspectiva de una vida orante podemos contemplar la realidad a través de los ojos de Dios, es decir, podemos tener una mirada de fe, un visión sobrenatural del mundo, de las cosas que en él acaecen, de los seres que nos rodean y quieren, y también de nosotros mismos.

En este día la Iglesia celebra la memoria litúrgica de un santo muy cercano a nuestro pueblo sencillo, san Antonio abad. Este cristiano del siglo III, siendo muy joven, de 18 o 20 años, escuchó durante la liturgia dominical aquel texto evangélico: *Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres - así tendrás un tesoro en el cielo - y luego vente conmigo* (Oficio de Lecturas, vol. III, p.1130). Éstas y otras palabras de Jesús se convirtieron en pauta de conducta para muchos cristianos a lo largo de la historia multisecular de la Iglesia; esas mismas actitudes de vida transformaron la existencia de mujeres como santa Joaquina Vedruna, cuya biografía, y sobre todo su estilo de vida, fascinó a tantas de vosotras y, en especial, encontró un eco singularísimo en la vida entregada de nuestras hermanas Celsa y Julia. Sus obras, escritas sólo en el corazón del Dios de la misericordia, estoy seguro que les preceden y acompañan en este camino hacia el Reino. De algunas de ellas somos concedores, y en la semblanza que nos han hecho se puede vislumbrar algo de su vida consagrada a la misión y al servicio a los demás, sobre todo a los más jóvenes, llevando a cabo el espíritu de las obras de misericordia al estilo de Santa Joaquina.

Desde esta perspectiva puede ser muy aleccionador el texto de san Mateo que acabamos de proclamar en esta Eucaristía. Este pasaje de la vida de Jesús se enmarca dentro del “anuncio del misterio del Reino”; un “reino” que había sido predicado por todos los lugares por donde pasaba Jesús. Es bueno recordar que, ya entonces, muy pocos lo entendieron y muchos menos lo siguieron. Aquel mensaje no eran doctrinas, ni consignas morales, ni hermosos preceptos. El mensaje era una realidad viva, tenía carne y corazón; ¡ese mensaje era el mismo Jesús!. Es decir, la misma persona de Jesucristo era el mensaje de vida anunciado a todas las gentes, por eso, un poco antes del texto que hoy hemos proclamado, se nos recuerda: *Id y anunciad lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí! (Mt 11, 4-6)*

Nuestras Hnas. Celsa y Julia, con una experiencia dilatada de vida religiosa, avalada en los últimos años de su peregrinación por esta tierra por la prueba de la enfermedad y del dolor, entregaron su vida, hace muchos años, en esos años en los crecen los grandes ideales, en esos momentos de la existencia humana en donde se es capaz de soñar con grandes horizontes de entrega, de misión, de evangelización: siguieron a Jesús, el crucificado-resucitado, el Redentor de la hu-

manidad, el Dios de la ternura y de la misericordia. No entregaron su existencia joven y fuerte, ¡llena de posibilidades humanas y de grandes proyectos!, a unas ideas más o menos hermosas, a unas doctrinas impregnadas de una buena filosofía, ni mucho menos a una ideología, ¡no!. Nada de esto fascinó su existencia. Ellas entregaron su vida, cada una a su estilo, a la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo rostro se les hizo patente en las personas con las que se encontraron a lo largo de su misión.

La perspectiva del morir humano para algunos es tan solo punto final de una existencia; para nuestras hermanas religiosas, y también para nosotros, la muerte es un punto y seguido; es decir, morir para un cristiano es entrar en esa dimensión que el buen Dios tiene preparada para los que le aman. En este sentido, qué clarificadoras, y al mismo tiempo, esperanzadoras son las palabras de la Escritura. ¡Qué hermosas son las palabras de Pablo en esta carta a la pequeña comunidad de Filipos!; ya sabéis que esta carta la escribe desde la prisión a causa del Evangelio vivo ¡y no nos olvidemos de lo que nos recuerda el papa Francisco: *el Evangelio vivo es Jesús mismo*. Y, en este contexto, nos recuerda cuál es la meta de todo aquel que es testigo del Evangelio: *Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para someterse todo* (Flp 3, 20-21).

Esta certeza que nos da la fe vivida en la comunión de la Iglesia, Madre y Maestra, nos tiene que ayudar a cada uno de nosotros, que esta tarde nos hemos reunido en la capilla de este Colegio en donde nuestras dos hermanas vivieron ellas mismas esta fe en Jesucristo, y, con el compromiso de su vida, ayudaron a tantas promociones de jóvenes, a seguir las huellas de aquel que es el Divino Maestro.

Os ruego que dejemos a nuestras hermanas Celsa y Julia en el regazo de la Virgen Madre para que Ella les muestre a Jesús, fruto bendito de su vientre; y de Aquel que es toda ternura y misericordia broten esas gozosas palabras que todos deseamos escuchar algún día: venid, benditas de mi Padre, porque esto que habéis hecho por estos pequeños hermanos míos, conmigo lo habéis hecho.

¡Qué así sea!

Miércoles de Ceniza

S. I. Catedral, 14 de febrero de 2018.

Hermanas y hermanos míos en el Señor:

Con la oración colecta de la santa Eucaristía de este día, toda la Iglesia se ha dirigido al Señor para rogarle que nos conceda *comenzar el combate cristiano con el ayuno santo, para que al luchar contra los enemigos espirituales, seamos fortalecidos con la ayuda de la austeridad*. Es ésta una antiquísima oración en la que se nos da la síntesis de lo que es la Cuaresma: un tiempo de lucha, de combate, no contra los otros, sino contra todo aquello que desde dentro de nosotros mismos nos aparta de Dios, de los demás, y quiebra la unidad y la armonía de nuestro propio yo. A algunas personas, incluso creyentes, esta oración les puede parecer que posee una terminología muy belicista; sin embargo, no nos olvidemos de lo que nos recordaba aquel libro sapiencial leído el domingo 4º del Tiempo Ordinario: *¿No es acaso milicia la vida del hombre sobre la tierra, y sus días como los de un jornalero?* (Job 7, 1-4).

Sí, la vida del creyente sobre la tierra es una lucha constante que nos lleva a prepararnos bien para llegar a la meta: **la Pascua del Señor**. Los medios empleados para esa lucha, las praxis penitenciales, la cercanía a los sacramentos, en especial el del hermano sólo y abandonado al que tendemos a descartar, y sobre todo la frecuencia del Sacramento de la Penitencia, tienen sentido en cuanto que nos dirigen a la celebración de la Pascua del Señor y nos preparan a la Pascua eterna. Por eso, esta lucha constante y continua es el origen mismo de la alegría cristiana que hunde sus raíces en la cruz del Redentor.

En la carta que os envié a través de *Comunidade* os decía que me había encontrado con uno de los muchos *tuits* del papa Francisco en los que se podía leer: *La vida cristiana es un camino, pero no un camino triste, sino alegre*. Este pensamiento y otros muchos como este, breves, concisos, que no superan los 140 caracteres, y que los leen cerca de 33 millones de seguidores del Santo Padre, nos recuerda a todos que *la vida cristiana es un camino*. No me cabe la menor duda que la realidad de *caminar unidos* es una de las metáforas que usamos con más frecuencia para referirnos al *ser* y *sentir* de la vida cristiana. En nuestra Diócesis, a lo largo de los últimos meses, hemos escuchado esta misma idea de una o de otra forma: ¡*Caminar juntos!*, ¡*Caminar unidos!*. ¡Incluso lo hemos cantado bastantes veces!. Y esto es así porque estamos celebrando un Sínodo Diocesano, acontecimiento eclesial extraordinario que deberá convertirse para todos en una ocasión de gracia y conversión. Pues bien, ahora que iniciamos la Cuaresma, tiempo especial que apunta a la Pascua del Señor, la Iglesia nos invita a que *caminemos juntos hacia la Pascua*, pero este caminar nuestro tiene un objetivo: **ser una Iglesia samaritana y servidora de los pobres**.

Desde esta perspectiva, hagámonos esta pregunta: **¿cómo podemos caminar juntos hacia la Pascua, siendo una Iglesia samaritana y servidora de los pobres?** La respuesta adecuada nos viene por medio de la Iglesia que, durante este tiempo cuaresmal, nos ofrece los medios con los que podemos realizar este proyecto cristiano. El Evangelio de Mateo, que hemos proclamado hoy, nos presenta esos medios: *limosna, oración y ayuno*.

¡Sigamos la propuesta del Evangelio!. Si queremos ***caminar juntos hacia la Pascua, siendo una Iglesia samaritana y servidora de los pobres***, revaloricemos ese remedio cuaresmal que se nos ofrece para curarnos del egoísmo, *liberarnos de la avidez* y de los malos deseos que nos tiran por tierra hasta perdernos. Son los *beceros de oro*, como nos recuerda el Papa, que tantas veces adoramos interiormente y, sobre todo, nos impiden descubrir que *el otro* es un hermano, y por eso nunca podemos decir que *lo que tenemos es solo nuestros*. Pensemos en los rostros de los pobres que hoy nos rodean. En este sentido, los Obispos españoles desean que abramos nuestros ojos y contemplemos esas pobreza que hoy nos afectan y no pueden dejar insensible *un corazón samaritano*: la sociedad envejecida, las familias en crisis, las mujeres y los niños maltratados, la pobreza de nuestros hombres y mujeres del mundo rural, la situación prolongada de paro que afecta a jóvenes y a personas de mediana edad, los inmigrantes que se encuentra entre nosotros porque han huido de sus países buscando un refugio de paz. Por otra parte, no quisiera que olvidemos esa otra pobreza reflejada en nuestros montes y campos que han sido arrasados por el fuego en los últimos meses de verano, y, en ocasiones, este mal se repite casi cíclicamente, generando desolación y muerte. Esta dolorosa realidad que perdura en el tiempo es un signo de nuestras pobreza y constituye un gravísimo pecado contra la naturaleza, contra los hermanos y también contra Dios.

Pero también es bueno que en este tiempo cuaresmal, además de las pobreza que sobresalen por su fuerte impacto social, se nos recuerde que existen también aquellas, menos visibles, pero que están afectando gravemente el corazón de muchas personas y dejan su huella dolorosa en la sociedad. Pensemos en la indiferencia religiosa -a veces, incluso, el desprecio a lo más santo que hemos podido contemplar en estos días-, el olvido de Dios, el rechazo de la fe y de las costumbres cristianas multiseculares de nuestros pueblos; el abandono en el que viven nuestros niños, que desean tratar a Jesús, pero los suyos no les llevan a la Iglesia, ni al catecismo.

Recuerdo, en una de mis visitas pastorales, que me encontré con un pequeño grupo de niños y niñas, estuve hablando con ellos en la catequesis. Una de las niñas me decía con pena: *Yo quisiera venir a Misa para recibir a Jesús más veces y participar en la catequesis, pero mis padres no me traen*. Lo decía con la claridad y la sencillez salvaje de los niños. Era y es una verdad hiriente que se repite a menudo. Sí, se

hacen sacrificios para llevar a los niños de un lugar a otro para que no pierdan las competiciones deportivas y para que participen en festivales de todo tipo. Y esto es bueno, pero a veces enmascara nuestra falta de iniciativa para organizar otras cosas y, en ocasiones, puede ser una muestra de hostilidad a las actividades organizadas por nuestras parroquias. Pero en el corazón de esos niños, sin querer, se va apagando la luz de Dios que es el fundamento de todos los valores humanos y morales. Más tarde nos podremos encontrar con las consecuencias de ese abandono que muchas veces golpean nuestro corazón con la aparición de situaciones tan dramáticas que los medios de comunicación airean convenientemente. Y es entonces cuando surgen las preguntas: ¿qué hemos hecho?, ¿qué estamos haciendo?, ¿en qué nos hemos equivocado a la hora de formar a estos niños y jóvenes?. Las lamentaciones son estériles y no sirven para nada más que para aumentar el dramatismo de las graves situaciones que golpean el corazón de tantos de nuestros conciudadanos.

En estos momentos quisiera recordar aquí, a todos los que estamos participando en esta Eucaristía, aquellas palabras del anciano papa Benedicto XVI, repetidas por Francisco, en donde se nos recuerda que *Dios no nos quita ni roba nada, ¡y mucho menos nuestra libertad!. ¡Al contrario!*, Dios nos concede esa fuerza y ese dinamismo interior que nos renueva constantemente y nos ayuda a descubrir el rostro de Dios en los otros, y de ahí surge el auténtico respeto, porque el otro ya no es valorado por lo que tiene: fuerza, poder, belleza, dinero. Sino que el otro es querido y respetado por lo que es. Que interesantes son esas campañas organizadas por Misiones, Manos Unidas. En este tiempo de Cuaresma es necesario hacerme eco de nuestra Cáritas Diocesana: ***Tu compromiso mejora el mundo***. Por eso, ***Con tu ayuda nadie sin hogar***. Cáritas Diocesana nos ofrece este proyecto a todos los hijos e hijas de esta Iglesia ourensana para que hagamos realidad, de una forma concreta y tangible, la eficacia de nuestros ayunos y abstinencias cuaresmales. Somos conscientes de que si nos abstenemos de algunas de nuestras costumbres superfluas, que realizamos habitualmente, podemos ayudar a pagar el recibo del agua, la electricidad, parte del alquiler de algunos de esos hermanos que no pueden llegar a fin de mes. Es así como adquiere ese sentido radical lo que afirma el papa Francisco en su mensaje de la cuaresma de este año: *lo que tengo no es solo mío*.

En esta Cuaresma, también se nos pide que revaloricemos más *la oración* personal y comunitaria, así nos daremos cuenta de que en nuestro corazón ***brotarán los sentimientos de un buen samaritano***. La oración es ese dejarnos ver por Dios - descubriéndonos tal como Él nos ve - y así, con un corazón lleno de sus mismos sentimientos, fascinados y transformados por la verdad del mismo Dios que nos ilumina de una forma nueva, podremos contemplar la realidad que nos rodea y, sobre todo, a los demás que conviven con nosotros, con ojos nuevos, transfigurados: *con los ojos de un discípulo-misionero*.

Por último, la Iglesia también nos recomienda la tradición multiseccular del

ayuno. Curiosamente, una práctica ascética devaluada en el ámbito religioso cristiano pero que, paradójicamente, se vive como una amable exigencia dentro de todo ese ámbito tan complejo que se ha denominado el mundo del *fitness*; es decir, el mundo del cultivo de la apariencia física externa. Sin embargo, desde la perspectiva creyente, el ayuno, del que también nos habla el papa Francisco, es lo que *nos permite experimentar lo que sienten aquellos que carecen de lo indispensable y conocen el aguijón del hambre* y, por otra parte, el ayuno nos mantiene el espíritu despierto para estar más atentos al querer de Dios, a las necesidades de los hermanos y nos ayuda a fortalecer nuestra voluntad.

Quisiera finalizar estas palabras invitándoos a que durante este camino hacia la Pascua, tanto los sacerdotes como el resto de los fieles, nos esforcemos por participar en la iniciativa de las **“24 horas para el Señor”** que celebraremos en la **iglesia de San Francisco los días 9 y 10 de marzo**. El papa Francisco, un año más, quiere que participemos en este encuentro de oración ante la Santa Eucaristía y aprovechar este espacio orante para recibir el **Sacramento de la Reconciliación**. De entre los últimos Papas, ha sido Francisco el que no sólo ha hablado con frecuencia del Sacramento de la Reconciliación, sino que él mismo nos ha dado ejemplo acercándose a un confesonario para vivir el misterio de la misericordia de Dios. ¡La imagen de un Papa, puesto de rodillas en un confesonario, ha sido más elocuente para la gente sencilla, que cualquier documento pontificio!. Él mismo nos recuerda en el mensaje de este cuaresma: *El Sacramento de la reconciliación necesita volver a encontrar su puesto central en la vida cristiana; por eso se requieren sacerdotes que pongan su vida al servicio del “ministerio de la reconciliación” (2 Cor 5,18), para que a nadie que se haya arrepentido sinceramente se le impida acceder al amor del Padre.*

Durante esta especie de peregrinación cuaresmal hacia la Pascua, contando con la ayuda de la oración, la limosna y el ayuno, sin olvidarnos de la lectura y contemplación de la Palabra de Dios, acudiendo con el corazón abierto al Sacramento de la Reconciliación y viviendo con mayor amor el encuentro eucarístico con el Señor Resucitado, realizaremos nuestro camino con el corazón y las actitudes de un *buen samaritano*. Si así lo hacemos nos daremos cuenta que a medida que nos vamos acercando a la luz Pascual irá creciendo en nuestra existencia la alegría, ya que siempre, en el camino de la cruz, brota y renace la verdadera alegría que, como ya he dicho, y no me importa volverlo a repetir, hunde sus raíces en el misterio fecundo de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, causa y fundamento de la alegría pascual y, por ende, de la auténtica alegría del cristiano.

Que la Madre de Dios y Madre Nuestra, Causa de nuestra Alegría, nos acompañe con su protección y ayuda nos ayude a ser **una Iglesia samaritana y servidora de los pobres**.

¡Qué así sea!

Aniversario del fallecimiento de D. Adolfo Enríquez Méndez

Vilanova dos Infantes, 10 de marzo de 2018.

Benquerido D. Antonio, sacerdote responsable desta comunidade parroquial de Vilanova dos Infantes e reitor do Santuario dá Virxe do Cristal. Queridos sacerdotes que participades nesta concelebración.

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades aquí presentes.

Saúdo con cordial afecto aos familiares de Don Adolfo.

E a todos vos, meus queridos irmans e irmás que fúchedes testemuñas directos do exercicio do ministerio sacerdotal deste sacerdote do que hoxe nos lembramos de forma singular.

Benqueridos irmáns e amigos todos no Señor Xesus Cristo:

Non é habitual que na nosa igrexa celebremos os segundos ou terceiros aniversarios dos nosos fies defuntos, segundo a normativa establecida por os meus predecesores eu non debería presidir esta celebración. Nembargantes, nesta ocasión, facemos unha excepción que, como dicimos coloquialmente, confirma a regra. Facémolo pola situación extraordinaria que concorre no pasamento do noso irmá sacerdote, bo, fiel e xeneroso, que finou de forma violenta, e aínda non foi clarificada.

A nosa celebración e un acontecemento de fe, e dende esta perspectiva a Igrexa invítanos a vivilo. Por iso, cas mesmas verbas do libro do profeta Oseas, que acaban de ser proclamadas, dígovos: *Vinde e volvamos ó Señor. É El que nos curará...e nos vendará...pois quere amor e non sacrificios* (Os 6, 1-6).

Pasaron xa tres anos de aquel día que deixou unha pegada indeleble nas nosos vidas. Aquel acontecemento doloroso feriu os nosos sentimentos máis íntimos: perdimos nun momento a venerada imáxen do Cristal e ao seu custodio e protector. Nunha sociedade que está perdendo os valores fundamentais de convivencia e respecto os outros e aos seus bens, os cristiáns temos que saber descubrir que gracias ó dinamismo do Bautismo, os nosos comportamentos, a nosa forma de pensar e actuar, teñen que irse identificando ó longo da nosa vida cos sentimentos do Noso Señor Xesucristo. Él sigue sendo para nos Camiño, Verdade e Vida.

Ninguén de nos pode negar que dóenos esta situación de certo impass ou de punto final. Pero siguen preocupándonos tantas noticias que fálanos de desaparecidos, de mortes violentas, de roubos no noso patrimonio histórico artístico-relixioso. Son signo de unha reversión nos valores que garantizan a convivencia e o respecto entre nos, entre os nosos pobos, e, sobor de todo, os valores que protexen a vida e a súa integridade física e moral.

Como cristiáns estamos chamados a ser e vivir como verdadeiros e auténticos cidadáns. Un cristiano de verdade non pode tomar a xusticia pola súa man. Non

está xustificado manter a postura farisaica de aquel que subeu ó templo a orar é en lugar de deixar que Deus o iluminase ca sua presenza misericordiosa e chea de tenrura, púxose diante do Señor como xuíz dos demais e arremteu contra todos. En situacións como esta podemos correr o risco de actuar do mesmo xeito. Mais é a miña obriga recordarvos que como cristiáns que vivimos nun Estado de dereiro temos que axudar as autoridades na procura do seu labor e ter confianza nos corpos e forzas de seguridade do Estado que, casi sempre con silencio, sen buscar a publicidade, obteñen resultados a corto o largo espacio de tempo. Como se demostrou en moitas ocasións. E suplicámolle a Deus que nesta ocasión pase o mesmo.

Non estamos aquí nin para protestar, nin para manifestar o noso desacordo ante algunhas determinacións. Vimos aquí para lembrarnos dun sacerdote bo e fiel que a todos vos ensinou a contemplar o misterio da misericordia que é a fonte da alegría, da serenidade e da paz. E donde crecen estes sentimentos desaparece o odio, o rencor e a revancha, que non son comportamentos cristiáns. A misericordia é a ley fundamental que habita no corazón de cada home e muller cando contempla con ollos sinxelos ao irmán que atopa no camiño da vida. A misericordia é esa vía que une a Deus co home porque abre o corazón á esperanza. De feito que ante a gravidade do pecado - e causar a morte dunha persoa, sempre será un gravísimo pecado que non pode ter xustificación - sen embargo, lembrábanos o Papa Francisco que aínda que o pecado fose moi grave, a misericordia sempre será mais grande e naide podrá poñer un límite ó amor de Deus que sempre é misericordioso con nos. Nesa dinámica da misericordia desempeñou a sua tarefa pastoral D. Adolfo. Si o queremos de verdade y no pretendemos manipular nin instrumentalizar a sua morte violenta, loitemos por ser homes e mulleres misericordiosos.

Quixérvos lembrar a todos aqueles que escoitabades a miúdo a predicación da Palabra do Señor que vos facía dende aquí D. Adolfo, que teño a certeza que, coñecendo como chegei a coñecelo, vos falaría do perdón e da misericordia, como nos lembra o salmo responsorial deste sábado da 3ª Semana de Coresma: *Quero misericordia e non sacrificios!* (Sal 50). Seguro que vos ensinaría a descubrir que a Igrexa sinte a responsabilidade de ser no mundo un signo vivo do amor de Deus Paí que prefire usar a medicina da misericordia e non empuñar as armas da severidade; unha Igrexa que quere mostrarse madre e amable con todos, beningna, paciente, chea de misericordia e bondade para con todos, tamen cos seus inimigos. Así pensaba él. Así temos que pensar os fillos da Igrexa.

Suplicovos a todos os presentes que conoçíchedes a vida e o exercicio do ministerio sacerdotal de D. Adolfo que non deixedes que o rencor e o medo atenacen as vosas vidas. Podedes estar seguros que eso non sería o que vos ensinaría o que foi voso párroco e custodio da imaxen venerada da Nosa Señora do Cristal. Sabe-

des moi ben como era él y cómo actuaba. Nunca foi un fariseo, como aquel do que nos fala o Evanxeo de hoxe. El sinteuse sempre como un *pecador perdonado*; e dicir, como aquel que diante do Deus da misericordia repetía a miúdo: *Meu Deus, ten compasión de min!*. Que sigades loitando o caron das autoridades para que se atopen a aqueles que atentaron contra a vida deste sacerdote e iso, non por espírito de revancha, que no sería cristiá!, senón para evitar que se volva a causar dano nos bens e, sobor de todo, aos homes e mulleres que siguen vivindo no fermoso e tranquilo mundo rural.

Invítovos a todos os presentes a que alcemos os nosos corazóns cara a ese Deus que revela a súa omnipotencia, sobor de todo, coa misericordia e o perdón, para que podamos construír entre todos un mundo mais pacífico, mais respetuoso cas persoas - en especial cos anciàns - que siguen a vivir nas suas casas espalladas por a nosa terra e que gardan na súa alma os mellores sentimentos do noso pobo.

Que a Nosa Señora do Cristal, dende o seu santuario, lugar polo que traballou con pasión D. Adolfo, nos axude a todos. Pedímoslle que mova e converta o corazón daqueles que profanaron esta venerada imaxen para que, xa que non poden devolvernollos a vida de D. Adolfo, polo menos reparen o seu mal entregándonos a imáxen do Cristal que sigue sendo unha ferida na alma do noso pobo, non so desta bisbarra, senon de toda a Diocese, e tamén de toda Galicia.

Misa Crismal

Catedral de Ourense. 28 de marzo de 2018.

¡Cantaré eternamente las misericordias del Señor!

Así reza el Salmo responsorial de la liturgia de este día. Esto nos indica que en medio de la sobria esperanza a la que nos invita el camino cuaresmal hacia la Pascua, la liturgia de la Misa Crismal nos ofrece una invitación a prorrumpir en un canto de acción de gracias porque hoy renovamos juntos - Obispo y Presbiterio - el comienzo de una entrega, de un estilo de caminar. Hoy de manera especial queremos volver a sentir con la fuerza que nos da la Palabra de Dios que: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido* (Is 61, 1). Hoy, aquí y ahora - en virtud del dinamismo que confiere el Espíritu Santo a las acciones litúrgicas que celebramos en la Iglesia - renovamos este misterio de amor, de elección y de unción que, en un día lejano o cercano, en el corazón de esta Madre que es la Iglesia, hemos recibido el día de nuestra ordenación sacerdotal.

Os invito, hermanos míos sacerdotes, a que en esta celebración descubramos la grandeza de un ministerio que sobrepasa nuestras fuerzas y la belleza del sacerdocio que, a pesar de los años y del cansancio debido a la dureza del camino, nos tiene fascinados; este estilo de caminar en la Iglesia y en el mundo: caminamos como sacerdotes y orgullosos de serlo, por puro don de Dios.

¡Somos sacerdotes del Señor!.

¡Somos ministros de nuestro Dios!, como nos lo recuerda el texto de Isaías que acabamos de proclamar.

Quisiera que al renovar los compromisos sacerdotales descubrierais que de la belleza de nuestra vocación sacerdotal brotan el optimismo y el realismo pastoral. No nos dejemos atrapar por los fríos criterios objetivos de aquellos que analizan nuestro ministerio desde fuera. No somos un colectivo de fracasados, ni de ancianos decrepitos. No somos una especie rara en vía de extinción. Nuestros hermanos laicos y los miembros de la vida consagrada, cuando nos contemplan llenos de esperanza y de alegría, ilusionados en el desempeño de nuestro ministerio sacerdotal, ellos mismos reviven también con entusiasmo su propia vocación en la Iglesia. He podido comprobar, en mis visitas pastorales, ¡cuánto quiere nuestro pueblo al sacerdote que se entrega, que lucha por ser fiel!. Una prueba de lo que estoy diciendo lo hemos podido experimentar a través de las reflexiones de los grupos sinodales. Allí donde se encuentra un sacerdote que vive esa experiencia de sinodalidad, se la hace llegar a sus hermanos laicos y religiosas, allí crece la comunión, la esperanza y un auténtico sentido de pertenencia a la Iglesia.

La belleza de nuestra vocación sacerdotal se hace tanto más viva y operativa en la medida en que luchamos por hacer carne de nuestra experiencia estas priori-

dades que quisiera comentaros: ¡Hermanos sacerdotes!, convenzámonos de que para vivir la belleza del sacerdocio:

- ***Es más importante tu vida como presbítero que todo aquello que podamos hacer.*** Se trata de descubrir la primacía del ser sobre el hacer; es decir, tenemos que redescubrir esa gran verdad que nos ayuda a tener confianza en nosotros mismos: *Deus facit, homo fit!*. Dios hace, el hombre es hecho. Lo propio de Dios es hacer bien todo, y nunca cesa de hacer el bien y de enriquecer al ser humano; sin embargo, el hombre nunca deja de recibir los beneficios de Dios. En esa relación íntima entre Dios y la criatura el hombre sólo recibe sin dar a Dios. Lo más importante de nuestra vida, aquello que nos da seguridad, es que Dios no juega con nosotros. Él nos ha dado la vida, nos ha concedido el regalo de la fe y nos confirió este ministerio que *llevamos en vasijas de barro*. La seguridad de nuestra vida no está en que hagamos muchas cosas, aunque estas sean buenas, sino en que Él nos ha concedido el regalo inmerecido de ser sus sacerdotes. Y queremos agradecer y gozar con este don que Dios ha dado a la Iglesia a través de nuestras pobres personas.
- Por otra parte, no conviene que olvidemos nunca que ***es mucho más importante lo que el Señor ha hecho en y por nosotros***, y sigue haciéndolo, ¡si le dejamos!, ***que todo aquello que podamos hacer nosotros por Él***. Por eso, en medio de las pruebas, las tentaciones o el cansancio, no nos olvidemos nunca de esta gran verdad: ha sido Él quien realizó - y sigue realizando - en nosotros su sacerdocio. ¡Somos sacerdotes de Cristo!. Estamos llamados, continuamente, a ser sacerdotes al estilo de los santos pastores y, de manera especial, al estilo del único y Eterno Sacerdote.
- En esta etapa sinodal quisiera recordaros que ***es mucho más importante vivir la unidad en el colegio presbiteral que entregarnos de forma individual y solitaria a realizar nuestros propios trabajos aunque estos sean muy buenos y originales***. En la medida en que nos sintamos más unidos al Presbiterio, con sus luces y sombras, en esa misma medida descubriremos la belleza de nuestra vocación sacerdotal. Y no sólo eso, sino que crecerá nuestra fuerza apostólica y nuestro dinamismo pastoral. Convenzámonos de una vez de que ¡solos no podemos hacer nada!.

¡Hermanos míos!:

A la esencia de nuestra vocación presbiteral le corresponde de manera radical su ser comunitario. Nuestra vocación nació en el seno de una comunidad, creció en un ámbito comunitario, se hizo sacramentalmente realidad en nuestra vida a través de un signo de comunión en la Iglesia, con el Obispo y con el Presbiterio; ¡recordemos el gesto emotivo de la imposición de manos!. Hoy mismo, a una con el Obispo co-consagramos el Santo Crisma que será distribuido por todas las parroquias de nuestra Iglesia Diocesana como un signo efectivo de comunión. He

aquí otro signo cargado de un profundo significado de nuestro sacerdocio. Somos transmisores de la unción del Dios de las misericordias para con nuestros hermanos.

Cuando recordamos todo esto nos damos cuenta de la grandeza de nuestro ministerio y de la belleza de nuestra vocación sacerdotal. No importan los años en el ejercicio del ministerio, ni nuestras cualidades personales, sólo importan el cómo vivimos con pasión nuestra vocación sabiendo que la característica esencial del presbítero es estar ante la comunidad “en nombre de Dios” y estar ante Dios “en nombre de la comunidad”. Con este dinamismo, que está estrechamente unido a nuestra vocación, sabemos que actuamos en nombre de Cristo, *en persona de Cristo Cabeza* y, por consiguiente, en nombre de la Iglesia. He aquí nuestra mayor y mejor originalidad: ser hombres de Iglesia que luchamos por ser cauces de comunión y unión.

Aunque nos sentimos poca cosa y, en ocasiones, abrumados por los problemas y las dificultades pastorales, somos conscientes de que formamos parte de un Presbiterio en el que encontramos suficientes razones para vivir nuestra vocación sacerdotal no sólo con esperanza e ilusión, sino también como un signo del querer y del hacer de Dios en esta antiquísima Iglesia particular. No caigamos en los falsos espejismos de buscar otra Iglesia, con otro Presbiterio, con otro Obispo, ¡con otros laicos!. Si pensásemos así estaríamos abriendo nuestra existencia al “príncipe de la mentira”.

Mis queridos hermanos sacerdotes. Mis queridos hermanos y hermanas que estáis asistiendo a esta hermosa liturgia de la Misa Crismal:

En una celebración similar a esta, hace ya dos años, os convoqué a un Sínodo Diocesano, lo hice apoyándome en la fuerza del Espíritu, en la intercesión de nuestros santos patronos y confiando en el dinamismo y la vitalidad de nuestro Presbiterio Diocesano, en los muchos grupos apostólicos, movimientos y asociaciones que existen en nuestra Diócesis, así como en la ayuda y el testimonio de la vida consagrada presente en nuestra Iglesia particular. Aquella intuición de los primeros momentos se ha convertido en una hermosa y fecunda realidad eclesial.

Os animo a que sigáis caminando juntos con entusiasmo y esperanza. No perdáis la ilusión ante las dificultades. Y demos muchas gracias a Dios y a su Santa Madre por los beneficios que este Sínodo ya nos está reportando. Os ruego, una vez más que seáis conscientes de que, en la medida en que nos esforcemos por vivir con alegría la belleza de nuestra vocación sacerdotal, estaremos siendo constructores de esa “cultura vocacional” y, bien sabéis, que es ésta una de las más graves necesidades de nuestro Presbiterio que nos afecta e interpela a todos, fieles y laicos. Necesitamos buenos y santos sacerdotes, ¡hoy más que nunca!. Necesitamos a esos hombres que fascinados por la belleza del sacerdocio de Cristo se pongan en camino al servicio de la comunión entre los hermanos. ¡Así lo deseamos!, ¡Así lo pedimos!

¡Qué así sea!

Ordenación de Diáconos en la Capilla del Seminario Mayor del Divino Maestro de Ourense

Domingo V de Cuaresma. Día del Seminario. 18 de marzo de 2018.

Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes

Hermanas y hermanos míos en el Señor

Mis queridos amigos

Permitidme que salude a los familiares de José Antonio y de Jesús, y a los niños y jóvenes que hoy se encuentran participando en esta Eucaristía del V Domingo de Cuaresma. Casi a las puertas de la Semana Santa. Hace tan solo unos momentos elevábamos esta oración al Padre de la misericordia:

“Oh Dios, que enseñaste a los ministros de tu Iglesia a servir a los hermanos y no a ser servidos, concede a estos hijos tuyos, que has elegido hoy para el ministerio del Diaconado, disponibilidad para la acción, humildad en el servicio y perseverancia en la oración”.

Quisiera centrarme en estas tres peticiones que la Iglesia hace por los Diáconos:

- 1.- Disponibilidad para la acción.
- 2.- Humildad en el servicio.
- 3.- Perseverancia en la oración.

1.- Disponibilidad para la acción. El último día de vuestros Ejercicios Espirituales me invitasteis a su clausura y me habéis pedido unas palabras conclusivas. Recordad que mi reflexión la centré en la importancia del *espíritu sacerdotal de pobreza* (n. 83) a la que, curiosamente, el nuevo *Directorio para el Ministerio y Vida de los Presbíteros* le dedica una atención interesante en el contexto de las *dificultades y objeciones* que el mundo actual provoca a la vida sacerdotal. Resulta sorprendente que en la doctrina que la Iglesia Católica ha elaborado sobre nuestra vida nos propone, como camino de solución para los muchos problemas que pueden asaltar nuestra vida sacerdotal, *la pobreza evangélica y la devoción a María*.

Mis queridos Jesús y José Antonio:

Os he hablado de la pobreza porque, viviendo esta virtud al estilo de Jesucristo, podremos realizar y vivir nuestro ministerio, en vuestro caso, el ministerio diaconal, en una actitud de *disponibilidad para la acción pastoral*. Así reza la primera petición de la oración colecta de esta Misa. Cuando nos centramos en nosotros mismos, en nuestros criterios, gustos y opiniones; cuando hacemos que todo gire en torno a nosotros mismos y que los demás se conviertan en peones de nuestro yo; cuando nuestra preocupación es el crecimiento de la cuenta corriente y nuestro ministerio deja de poseer el sentido de la gratuidad evangélica: *gratis habéis recibido, dad gratis* (Mt 10,8), entonces, algo huele a podrido en nuestra vida.

Esta frase, *gratis habéis recibido, dad gratis*, la pronunció Jesús en el contexto de las curaciones que había realizado acompañado de sus discípulos. Es en esta ocasión cuando el Señor dice: *la mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies* (Mt. 9,37). Y cuando llamó a sus doce discípulos (...) y los envió (Mt 10, 1 ss.).

Queda claro pues que los que hemos recibido el ministerio del diaconado y del presbiterado seremos hombres disponibles si vivimos la pobreza evangélica que **no consiste en no tener nada**, sino en que los bienes, las cosas, las mismas personas, no se adueñen de nuestro corazón y lleguen a manipular nuestro ministerio - empobreciéndolo - y a metalizar nuestra existencia, hasta llegar a perder nuestra vocación. No os olvidéis: estaremos siempre disponibles al querer de Dios y de su Iglesia si luchamos por vivir desprendidos de nuestras cosas, comenzando por nuestro yo. Seremos de esos hombres disponibles que necesita hoy la Iglesia. Eso lo lograremos si vivimos el espíritu sacerdotal con disponibilidad.

2.- Humildad en el servicio. Es la segunda cosa que la Iglesia pide a Dios para vosotros. En realidad, lo pide para todos aquellos que hemos sentido la llamada del Señor para el ministerio. En este sentido, nos puede servir la frase que pronuncia Jesús en el Evangelio de hoy: *En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae a tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto* (Jn 12, 20-33). Si todos los cristianos estamos llamados a acoger esta invitación de Jesús de hacernos como un grano de trigo, mucho más los diáconos, sacerdotes y obispos. Hago más unas palabras del papa Francisco comentando esta frase de Jesús. Dice el papa: *El grano que quiere seguir siendo grano, que le tenga miedo a la humedad, que no esté dispuesto a desaparecer como grano, ¿cómo va a dar fruto? Si el grano muere, nacerá una nueva planta.* Sentirnos como granos de trigo, empapados en la sangre redentora de Jesucristo y dejar que esta mano, a través de las mediaciones de la Iglesia, nos arroje en el surco de la labor ministerial. ¡Dónde sea!. ¡Acompañado de quien sea!. Sin acepción de personas ni de lugares. Así, con esta sencillez de espíritu y con este corazón humilde, daremos frutos.

¡Mis queridos amigos todos!. No sé si os habéis dado cuenta que en nuestra Iglesia de Ourense hace más de un año que estamos viviendo un Sínodo Diocesano. ¡Qué pena nos dan aquellos que siguen empeñados en afirmar que el Sínodo no sirve para nada, que es una pérdida de tiempo, e incluso se ha dado el caso de que algunos han llegado a obstaculizar la constitución de un grupo sinodal. ¡Que no hermanos míos!, ¡que no!. Que así no se hace ni se vive la Iglesia. Que si pensamos o actuamos así puede ser que todavía no hayamos superado ciertos signos de *dictadura clerical* que supone la muerte de la Iglesia. ¡Cuánto nos está hablando el Santo Padre del clericalismo!.

Una vez ordenados diáconos quedaréis *habilitados para servir al pueblo de Dios en la diaconía de la liturgia, de la Palabra y de la caridad*. Por favor, no caigáis en

esa especie de dictadura clerical que lo estropea todo y termina por convertirnos en funcionarios de lo sacro. Vivid la auténtica humildad del grano maduro que se deja arrojar a la tierra fecunda de la Madre Iglesia y da fruto, ¡el ciento por uno!.

Quisiera encomendaros una preocupación que, en estos momentos, para mí es fundamental:

- Sed hombres con espíritu sinodal. Constituíos en agentes de sinodalidad y ayuda a aquellos que todavía no han entrado, ni saben cómo, ni quieren.
- En segundo lugar, os ruego con toda mi alma que seáis hombres en donde se pueda percibir vuestro amor y preocupación por el Seminario.

Esta ordenación tiene lugar en este domingo porque hoy celebramos el Día del Seminario. En los últimos años hemos llegado a escuchar: *Seminarios ¿para qué?*. Contrasta esta exclamación desesperanzada con las peticiones reiterativas que me hacen llegar los fieles: *¡Sr. Obispo mándenos un cura!. Tiene que enviarnos otro sacerdote que el nuestro está muy anciano y cansado, ¡ya no puede más!. Necesitamos un cura porque ya no podemos tener Misa los domingos como antes.*

Eso quiere decir que para un buen grupo de la población, y especialmente para los fieles, la presencia del sacerdote es imprescindible y, la labor de un buen sacerdote al frente de una comunidad, hace crecer la esperanza; pero **¡Del Seminario sale, lo que al Seminario se envía!**. De ahí que, si queremos revitalizar las estructuras de nuestra Iglesia, todos tenemos que esforzarnos por ayudar al Seminario. ¿Cómo podemos hacerlo?

En primer lugar, convirtiéndonos en constructores de esa “cultura vocacional” a través de la oración por las vocaciones. ¡No apaguemos con nuestros pesimismo y cálculos, excesivamente materialistas, las incipientes llamadas de Dios en el corazón de los niños y jóvenes!.

En segundo lugar, os invito a que os acerquéis a los Seminarios de nuestra Diócesis y que invitéis vosotros mismos a esos niños y jóvenes para que conozcan estos lugares donde conviven, estudian, rezan, se divierten y se forman los que han apostado por seguir a Jesús en el camino sacerdotal.

Por último, os ruego que ayudéis a nuestros Seminarios con vuestras aportaciones y con la creación de becas, como hacían nuestros mayores. ¡Cuánto bien han hecho esas personas que al rubricar sus últimas voluntades se acordaron del Seminario!. Ellos sabían que Dios nos cuida a través de esos hombres que por medio de una vida sacerdotal entregada y vivida con pasión se convierten en cauces de la gracia y de la ternura de Dios.

¡Tomemos en serio el **Día del Seminario!** y, si no podemos celebrarlo en este domingo cercano a San José, ¡hagámoslo en otra ocasión más oportuna!, pero hagámoslo siempre, porque nuestro pueblo debe saber que sigue existiendo y sigue siendo necesario para nuestro bien. Dedicemos un día a la semana a rezar por el Seminario y las vocaciones. Procuremos que un día de las muchas novenas

que se celebran en nuestra Diócesis lo dediquemos a reflexionar siempre sobre el Seminario y las vocaciones. Si así lo hacemos estaremos construyendo una verdadera y auténtica “*cultura vocacional*” que asegurará nuestro futuro.

Y por último, aunque de ello ya he hablado, queda la tercera petición que hoy hemos hecho a Dios por vosotros:

3.- Perseverancia en la oración. Si para un cristiano la oración es imprescindible para perseverar en su vocación bautismal, para vosotros y para todos los sacerdotes la oración se convierte en un ministerio. Hace unos días, delante de vuestra comunidad, presidida por el Rector y hoy, de nuevo, delante de vuestro obispo y de una numerosa representación de la comunidad Diocesana os comprometéis a mantener vivo el ministerio de la oración. ¡No la dejéis nunca!. Tendréis dificultades por el excesivo trabajo pastoral o por otras muchas cosas del ejercicio del ministerio sacerdotal pero, no os olvidéis, que todas esas tareas y preocupaciones saldrán antes y mejor si cuidáis primero vuestra oración personal y litúrgica.

Qué Santa María, Madre del Divino Maestro, madre y protectora de los sacerdotes, Virgen del servicio escondido y humilde, os ayude a llevar a cabo la diaconía de Cristo servidor en el seno de las comunidades a donde seáis enviados.

¡Qué así sea!

DISCURSOS

Saludo a la Asamblea de Arciprestes, Vicearciprestes y Delegados episcopales

Seminario Mayor del Divino Maestro, 10 enero 2018.

Esta es la primera Asamblea de Arciprestes, Vicearciprestes y Delegados Episcopales de esta Iglesia Diocesana, en este nuevo año 2018. Una vez más quisiera agradeceros este servicio que hacéis a esta Iglesia y ***rogaros que me ayudéis a descubrir en dónde debemos poner todos nuestros esfuerzos y nuestra atención pastoral en este nuevo año.*** Os pido que no os desaniméis ante la complejidad de algunas situaciones que recaen sobre vosotros directamente. No dejemos que nada ni nadie nos haga perder la esperanza. Cuidemos un poco más nuestra vida de oración, ahí es donde encontramos las fuerzas y la visión de fe para descubrir que este “negociado” no es nuestro, que es el querer de Dios.

Soy consciente de que algunos hermanos sacerdotes están cansados o desalentados; otros pasan de todo, pero, gracias a Dios, nuestro Presbiterio Diocesano está constituido por un conjunto de sacerdotes muy buenos y fieles, así nos consideran los que nos ven desde fuera.

Algunos hermanos se quejan de las exigencias que nos imponen las autoridades de la justicia para acreditarlos como testigos idóneos para asistir a los matrimonios. Lo mismo afecta a otras confesiones religiosas. Necesitamos hacer un ejercicio de humildad y saber que, moralmente, y más nosotros que así se lo enseñamos a nuestro pueblo, debemos cumplir las leyes, nos gusten o no, siempre que sean moralmente válidas.

Yo quisiera proponeros una serie de aspectos, por otra parte, ya de todos conocidos:

Debemos continuar con ilusión manteniendo el clima de tensión espiritual y pastoral de las reuniones del Sínodo. Sé que estamos en una fase nueva, la reunión de los grupos arciprestales, ¡ no os desaniméis ante las dificultades, ya sabéis que los que integran la Secretaría del Sínodo están a vuestra disposición ¡ Por otra parte, no os olvidéis que para esta Iglesia el Sínodo Diocesano encierra, de suyo, una gran novedad, porque es la primera vez que nos enfrentamos con esta tarea pastoral en nuestra historia, ya que el anterior Sínodo de 1908 tenía un marcado carácter clerical y en él no hubo participación de los seglares, ni de las religiosas.

Algunos pueden pensar que el Sínodo se puede convertir en **una cobertura para no hacer nada a nivel pastoral.** Quisiera decir, que, sin quitarle todo el valor y la importancia que tienen las reuniones de los grupos sinodales y los esfuerzos constantes que hay que mantener, sobre todo por parte de los sacerdotes

y moderadores de los grupos, el ritmo de los trabajos pastorales y de la Programación Pastoral sigue su curso.

Desde esta perspectiva, ahora que comenzamos el año 2018, quisiera manifestaros mis preocupaciones y proyectos pastorales:

1.- Como un regalo de Dios el papa Francisco nos está invitando, constantemente, a convertirnos en una Iglesia en salida, es decir, más apostólica, por consiguiente, necesitamos plantear nuestra pastoral en clave **más evangelizadora y dejarnos llevar de la imaginación para crear ámbitos de encuentro para acercar la labor de la Iglesia allí donde están nuestros fieles**. Esa es una preocupación constante tanto vuestra como mía.

Por historia y por inercia, habitualmente hemos hecho que los fieles vayan a las parroquias llamados o no al sonido de las campanas, pero hay muchos bautizados que se encuentran al margen del campanario de la iglesia, es más, ni siquiera la ven, ni la oyen. Acuden, eso sí, con motivo de un Bautismo, de las Confirmaciones, de las Primeras Comuniones, de las fiestas patronales y, sobre todo, cuando hay un entierro o un funeral especial.

No nos olvidemos de cuidar con especial esmero esta posibilidad que aún tenemos, porque ya no existe esta realidad en algunas diócesis de España y en nuestra geografía se van extendiendo -en Ourense todavía no se percibe - los ritos fúnebres, con características especiales, en tanatorios; ya hay personas que no piden ritos religiosos, es más, las mismas funerarias - expertas en descubrir y ofrecer otros servicios que son más costosos que los religiosos, pero por los cuales no se regatea el costo - ya están ofertando ritos fúnebres nada religiosos en donde la música y la poesía, así como algunas palabras de familiares y amigos del difunto que están impregnadas de *new age* van ocupando el puesto de los ritos sacros. Os ruego que prestemos atención a estos servicios. Hacedle descubrir a nuestros hermanos sacerdotes que si no cuidamos este tema, también se puede acabar el “negocio” fúnebre.

Sea como fuere, es necesario descubrir **esas nuevas zonas, nuevas realidades** - en donde hoy se encuentra y reúne nuestra gente - y hacerles llegar la presencia de la Iglesia. Por otra parte, sabemos que estadísticamente la mayor parte de la población se encuentra situada en el entorno de la ciudad de Ourense, en las villas y en algunos pueblos. El esfuerzo realizado, en su día, sobre todo por Mons. Temiño, de construir nuevos templos en lugares determinados de la ciudad, ha sido excepcional. Hoy en día, algunos de nuestros templos **han quedado en la ciudad antigua** y es, precisamente ahí, en donde se encuentra la mayor parte de la población y, sobre todo, la gente más joven...viven en las periferias de la ciudad: **necesitamos apostar por hacer más cercana la actividad y la vida de la Iglesia**. Os pido que me ayudéis a descubrir las formas y los cauces para hacernos presentes en esas periferias geográficas.

Por mi mente, desde que he llegado y he conocido la realidad de los barrios de la ciudad me preocuparon, y siguen preocupándome, de manera especial, **la zona de A Valenzá y la de Barrocanes**. Es necesario, yo diría **imprescindible, hacernos presentes allí donde se encuentra la gente**. Es necesario hacernos más cercanos. Acercar más nuestros servicios. Nuestra presencia tendrá que ser más modesta, necesariamente, pero debemos estar presentes. Si la definición de parroquia es “*la casa del Señor en medio de la casa de los hombres*” nos damos cuenta que eso ya no es así, si tenemos en cuenta, sobre todo, la configuración de la ciudad.

Estamos viviendo **un desequilibrio estructural**: mientras en un área de pocos metros cuadrados nos encontramos, en el centro de la ciudad, con tres o cuatro templos grandes y espaciosos, sin embargo, sabemos que la población en el centro de la ciudad es poca y casi toda anciana. Así se manifiestan los sacerdotes responsables de estas comunidades. Sin embargo, en los barrios periféricos no hay apenas lugares de culto. La población crece de espaldas a los centros religiosos. Esto tiene que ayudarnos a pensar y a caminar en la dirección adecuada.

Otras zonas en donde debemos implicarnos más es en las villas y ciertos pueblos en donde la población se mantiene y hay algunas actividades humanas, sociales, deportivas y comerciales.

2.- Como sabéis, el Santo Padre ha convocado a toda la Iglesia a un Sínodo de Obispos y el tema de reflexión es: La juventud, la fe y el discernimiento. En comunión con toda la Iglesia tenemos que reconocer que esta es una realidad que nos preocupa a todos y por mucho que nos esforzamos en buscar soluciones, no acertamos a encontrar las maneras adecuadas y los caminos precisos. Ante esta situación **no cabe perder la esperanza**. Es necesario hacer un replanteamiento valiente y exigente de nuestra

- pastoral con los niños y jóvenes
- esforzarnos, una vez más por lograr una implicación de los colegios concertados, todavía de inspiración cristiana.

En realidad es bueno que nos volvamos a preguntar: ¿dónde están nuestros jóvenes?, ¿cuál es el ambiente en el que se mueven?, ¿qué es lo que causa el alejamiento progresivo de la Iglesia?

- los niños y jóvenes se mueven en actividades deportivas: algunos sacerdotes están cercanos o implicados en esta realidad. Es necesario potenciar las presencias humildes de la Iglesia...
- son muchos los que forman parte de bandas, coros o grupos musicales.
- otros están ausentes de todo esto y viven, y sufren los domingos, la resaca del *sábado noche*.
- ideológicamente: nuestros niños y jóvenes están sometidos a un constante bombardeo de mensajes, tanto directa, como indirectamente, que van con-

tra el cristianismo, y de manera especial contra la Iglesia.

- la familia, **una de las instituciones más valoradas por los jóvenes**, se convierte, muchas veces, en un lugar de paso, una especie de apeadero, en donde se duerme, come y se le mantienen sus gastos. Hay crisis y tensiones en las familias a consecuencia de estos comportamientos. Son buenos chicos, han estudiado en colegios “católicos”, fueron a ERE, quizás han asistido a nuestras catequesis, ¿qué ha sucedido?
- los medios de comunicación, en especial las grandes **pistas modernas de la informática**, sobre todo internet en todas sus formas, y los otros cauces.
- la pérdida de valores: trivialización de las relaciones personales y afectivas; el pansexualismo “relativo” del ambiente; el pragmatismo; las ansias de tener y de disfrutar, etc.

Tenemos que apoyar y proponer cauces de acercamiento a estos jóvenes.

1. Promover cualquier tipo de ámbito asociativo: los pequeños grupos de reflexión de AC, el movimiento scout, las asociaciones de carácter solidario, las cofradías en torno a la Semana Santa, etc.
2. Si nosotros no podemos llegar, debemos hacer un acto de humildad, y no cerremos el paso a otras personas, o bien a otros grupos o movimientos. Tenemos que **remar en la misma dirección**. No somos compartimentos estancos y nuestras parroquias no son estructuras con fronteras.

3.- Las tareas con la juventud nos lleva a plantearnos la cultura vocacional:

- vocaciones para el matrimonio cristiano
- para cualquier tipo de vida consagrada
- para el sacerdocio.

Preocupación por las vocaciones sacerdotales. Ya sé que en esta Asamblea hay una sesión anual para plantear la cuestión vocacional y sobre todo la vida de los Seminarios, pero creo que esta es más de tipo informativo que propositivo.

Mi preocupación se entra en dos ámbitos:

Alumnos Seminario Menor

1. ALUMNOS SEMINARIO: 103
 - Internos: 44
 - Externos: 59
2. ALUMNOS BACHILLERATO:
 - 1º Bch: 8
 - 2º Bch: 14
3. NO ADMITIDOS:
 - Matriculados el año pasado: 10
 - Solicitudes nuevas: 13

Alumnos para el Seminario Mayor: nuestro Seminario ha superado la más grave de las crisis que han sufrido los Seminarios en España y en Galicia a finales

de los años 60 y en toda la década de los 70. ¿Seremos capaces de superar ésta en la que nos encontramos situados ahora mismo?

En la década de los setenta las familias, los profesores/as y los sacerdotes apoyaban la gestión de los seminarios. Las familias, todavía, tenían casi siempre varios hijos. Los sacerdotes eran más y quizás más jóvenes; había más movimiento pastoral y, por consiguiente, más revitalización de las comunidades parroquiales. Por otra parte, tenían confianza en el Seminario y un gran aprecio y vinculación a la institución. Los profesores que se profesan cristianos hoy se encuentran viviendo situaciones muy difíciles en el interior de los claustros académicos, no es fácil realizar una labor vocacional. Ya es bastante la labor de sostenimiento y de presencia que estos profesores/as realizan en la mayor parte de los casos.

A pesar de las dificultades **tenemos que dejarnos llevar de la imaginación creativa**, de lo contrario, los aires que se respiran no presagian una perspectiva halagüeña para los Seminarios Mayores que tienen pocos alumnos.

- ¿Cómo podemos hacer para llegar a más jóvenes?
- ¿Qué se les debe pedir a los formadores de los Seminarios?
- ¿Podríamos redimensionar la Delegación de Vocaciones haciéndola más presente y más implicada en todos los ámbitos diocesanos?
- ¿Podríamos animar a que nuestros sacerdotes fuesen más propositivos con los jóvenes?. Sobre todo con los mayores de 18 años.

4.- Preocupación por los sacerdotes:

- Los que se encuentran ancianos y solos
- Los que no se dejan ayudar
- Los de las últimas ordenaciones
- Aquellos que ejercen una pastoral por libre

En el Consejo Presbiteral se ha planteado esta cuestión y necesitamos ayudarnos entre todos.

Os ruego que me ofrezcáis sugerencias para hacer frente a esta realidad que nos preocupa.

5.- Trabajo pastoral en equipo: Las “Unidades de atención Parroquial”

Estructuras pastorales imprescindibles. Pero seguimos pensando en clave benéfica: nombramiento, ¿por cuanto tiempo?, ¿en qué condiciones económicas?, etc.

Tenemos que ser capaces de ser más abiertos a la creación de posibilidades y menos jerárquicos: Párroco, Administrador, Coadjutor, Adscrito, etc.

Pensar la redistribución de las parroquias de una manera más inteligente de acuerdo con criterios objetivos de:

- Que constituyan una entidad geográfica determinada
- Cercanía entre los núcleos de población
- Viabilidad y accesos más adecuados y breves.

Debemos estudiar qué podemos hacer con las casas parroquiales abandonadas y con las tierras de los diestros. ¿Qué soluciones se pueden aportar?

Estas son las propuestas de siempre, pero que os pido me ayudéis a buscar las soluciones adecuadas para dar respuesta a las mismas.

El Sínodo creo que nos podrá ayudar mucho, si sabemos presentarle a la gente estos temas:

- Cómo acercar los centros de atención a los fieles
- Dónde situarlos
- Cómo podemos aventurar una autofinanciación de esos centros y parroquias, sobre todo en previsión de futuro, etc.

Discurso al Excmo. Cabildo de la Catedral-Basílica de San Martín, con motivo de la Visita Pastoral a la Santa Iglesia Catedral

10 de febrero de 2018.

Ilmo. Sr. Deán y Muy Ilustres Sres. Capitulares:

Es para mí un gran honor encontrarme con Vds. para transmitirles mi más sincero agradecimiento por su colaboración conmigo y con los diferentes organismos diocesanos. Realizo esta Visita, justo la víspera del aniversario de mi ordenación episcopal que ha tenido lugar, mañana día 11 de febrero, hace seis años. Siempre les quedaré muy agradecido por la organización de la solemne celebración Eucarística de aquel día en la que inauguré mi ministerio episcopal en esta antiquísima sede ourensana.

En los primeros días del ejercicio de mi ministerio episcopal en esta Iglesia he procurado mantener un primer contacto con mis más estrechos colaboradores de la Curia diocesana, con los dos Seminarios y con otros grupos de fieles y religiosos, así como con varios institutos de monjas de clausura. Desde el primer momento he procurado encontrarme con este Cabildo de la Catedral-Basílica. Ese encuentro tuvo lugar el 17 de febrero de 2012.

Sabemos bien que una de las funciones del Obispo es la de “santificar”, por consiguiente, él debe ser responsable del culto divino. Esta realidad tiene su máxima expresión en la celebración de la Eucaristía junto con los presbíteros y con el pueblo a él encomendado. El lugar más importante para esta celebración es, sin ninguna duda, la Catedral, en ella se expresa de forma viva y elocuente la unidad de la Iglesia particular que él preside. Esta Catedral-Basílica es signo del magisterio y de la potestad del Obispo como Pastor de la Diócesis. Por este motivo, el Obispo debe preocuparse de que las celebraciones litúrgicas de la Catedral se desarrollen con decoro y con solemnidad, sin descuidar el aspecto catequético, ya que una celebración dignamente celebrada es una expresión icónica, plástica, de la fe que vivimos. El Obispo, al no poder hacerse presente de forma constante en la Iglesia Madre de la diócesis, lo hace a través de este colegio de presbíteros que deberán mantener la solemnidad del culto y los de más actos litúrgicos y sacramentales que el Derecho y el Obispo les encomienda.

En aquella ocasión les exprese mi profundo deseo de revitalizar, en la medida en que yo pudiese, las celebraciones en esta Catedral. Una de esas maneras es la de presidir la Eucaristía dominical y festiva siempre que me fuese posible y otras tareas pastorales no me lo impidan, además de aquellas que están preceptuadas de acuerdo con la costumbre de este Cabildo. Por otra parte, al estudiar vuestros Estatutos he comprobado que a este Cabildo le compete promover el culto... en la Iglesia de Santa María Nai (Art. 4.1) y no sólo eso, sino que se contempla el he-

cho de que los Sres. Capitulares puedan prestar, a requerimiento del Obispo, una labor pastoral en otras iglesias, incluso fuera de la Catedral (Art. 4.2). Me alegro que el Cabildo manifieste en sus Estatutos actuales una sensibilidad especial por las necesidades pastorales de la diócesis, de tal modo que así se puede llevar a cabo una relación dinámica entre el centro - la Catedral-Basílica: donde se encuentra la sede del Obispo diocesano - y la periferia, es decir, las necesidades de la Iglesia diocesana fuera del ámbito de la ciudad. Desearía que, en la medida en la que se lo permitan sus ocupaciones, se mantenga el rezo de las Laudes en los domingos y fiestas de precepto. Ya en aquel entonces le pedía que si sus tareas pastorales se lo permiten, era de desear que la celebración eucarística de las doce del mediodía de los domingos y días de precepto.

La Catedral es la sede del obispo. La catedral es una realidad misteriosa que hay que contemplarla a la luz de la teología de la Iglesia particular y del ministerio del Obispo. Recordemos como en el decreto *Christus Dominus* del Vaticano II, al describir el oficio pastoral de los obispos en la Iglesia, se nos enseña que por su ministerio, al predicar el Evangelio y al celebrar la Eucaristía, el Espíritu Santo congrega en la unidad a la Iglesia particular (ChD 11).

El ministerio del Obispo hace la Iglesia desde la cátedra y el altar, que están radicados simbólicamente en la catedral.

La cátedra es un elemento definitorio de la catedral. La Iglesia Católica y Apostólica no existe sin la cátedra episcopal, es decir, sin la presencia de aquel que encarna, en un territorio determinada, la sucesión que asegure el testimonio del Evangelio con la autoridad de su interpretación auténtica; como no existe la comunión eclesial sin el altar para reunir al Pueblo de Dios en la celebración del memorial de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor. La cátedra que está en un uno de los lugares más destacados del presbiterio y que no puede ser un asiento como los otros, adquiere su significación en la Iglesia que vive la fe, y a la vez, el obispo que está sentado en la cátedra es el garante de la fe de la Iglesia. La cátedra, pues, tiene una función esencial en la inserción del Obispo en el corazón mismo de la apostolicidad de la Iglesia.

Por su parte, el altar, tienen una gran fuerza significativa. En él se concentra a mediación jerárquica y la mediación sacramental, que son las dos mediaciones que estructuran la comunión entre Dios y los hombres y mujeres de nuestro Pueblo. Participar del altar donde celebra el Obispo, concelebrar con él en su altar, es la forma más expresiva de reafirmar y confirmar la comunión eclesial. De ahí que cuando nos encontramos con algún sacerdote que, desde que se ordenó, no ha vuelto a participar en una Eucaristía, con su Obispo, en la Catedral, ese sacerdote está viviendo su ministerio en una actitud de "riesgo" y está muy cerca de romper la comunión eclesial, si no la ha quebrado ya. A partir de este hecho se explican otras actitudes.

La cátedra y el altar, no interesan tanto como objetos de arte, cuanto como signos y símbolos. Si en cualquier parroquia, después de la reforma del Vaticano II la reubicación de esta dos realidades se ha realizado con más o menos acierto; lo que sí es verdad es que en nuestra Catedral esos dos elementos deben resplandecer por su nobleza y dignidad.

Esta Iglesia Catedral de que Vds. constituyen su Colegio de presbítero que hacen presente el ministerio del Obispo, a lo largo de estos últimos cinco años, ha dado muestras de su inmersión en la auténtica eclesiología de comunión. Se ha convertido en centro de las celebraciones más importantes de nuestra Iglesia diocesana: Año de Fe, acogiendo peregrinaciones de toda la Diócesis. Año mariano. La apertura de la puerta de la misericordia. Los acontecimientos con motivo del milenario de San Martín de Tours. Las Vigilias diocesanas; las Jornadas de la Vida Consagrada; Los encuentros con los niños en Adviento. De entre todos esos actos, sin ninguna duda la Misa Crismal es una de las celebraciones centrales que acontecen en torno a la cátedra y al altar de nuestra Iglesia, la madre de todas las iglesias de la Diócesis.

Les ruego que sigan siendo esos presbíteros acogedores, que en nombre del Obispo, abren las puertas de su casa para que ella se encuentre a gusto todos los hijos e hijas de Dios que peregrinan por esta tierra ourensana. Sé que en ocasiones las exigencias y las necesidades de algunos grupos apostólicos suponen algún cambio o alteración de horarios. Les ruego que lo acepten con cordialidad, buscando siempre el bien de las almas y la Gloria de Dios.

Nuestra Catedral, que es una joya artística desconocida para muchos, es también un lugar de devoción. Aquí se encuentra la capilla del Santo Cristo y también otras devociones que se encuentran muy enraizadas en el pueblo sencillo, que no conviene extirpar, sino convertirlas en cauce de evangelización.

Les animo a que sigan potenciando el culto en esta Iglesia, de acuerdo con los horarios más adecuados al Pueblo de Dios. Esta Catedral ha sido la madre y el humus nutricional de las parroquias, en especial las de la ciudad. De aquí surgió su actividad. La Catedral no puede perder lo más significativo que tiene, de ahí que uno de mis predecesores ha mandado abrir los libros sacramentales en esta Catedral-Basílica. ¿Cómo se puede entender que cualquier parroquia tenga esos libros de registro, y sean objeto de visita canónica y aquella Iglesia, madre de las Iglesias, cátedra del Obispo, lugar donde se bendicen los santos óleos y se consagra el santo Crisma que después de distribuyen en todas las parroquias, no puedan celebrarse en ella todos los sacramentos. Sin perjuicio de la jurisdicción parroquial, cualquier sacramento puede celebrarse en esta Iglesia y en ella debe quedar registrado ese acontecimiento salvífico, aunque, posteriormente se le comunique, también, a las parroquias de origen de los fieles.

Revisados los Libros que aquí se encuentran, podemos afirmar que:

De 2000 a 2017 se han realizado 29 bautizos.

De 2000 a 2017 se han celebrado 335 matrimonios.

No se ha registrado ningún movimiento en el Libro de Difuntos.

Tampoco está al día el Libro de Fábrica...posiblemente estará sustituido por otro elemento. Y tampoco consta nada en el de Inventario. Que esta Visita Pastoral nos ayude a todos a vivir, con exquisita delicadeza lo que está mandado para todas las parroquias.

El Obispo y el Presbiterio representado por el Cabildo, juntos, constituyendo un solo cuerpo - como la cabeza y los miembros - seremos un signo vivo de la vitalidad de nuestra Iglesia particular en la que reverbera el misterio fecundo de la Santa Iglesia Católica.

Les ruego que vivan con la mayor ilusión y exigencia espiritual su cometido; que desempeñen las cargas capitulares con la conciencia clara de que todo lo que hagan será siempre para gloria de Dios. Soy consciente de sus dificultades, así como de los problemas que les afecta. No piensen que esta situación es diferente a otras realidades. Pueden tener la certeza de que su Obispo les estará cercano y será muy sensible a las necesidades de esta Iglesia-Basílica de San Martín.

Queridos y estimados Sres. Canónigos de la Catedral, en la atención a las celebraciones litúrgicas que aquí se viven, toda la Diócesis, y en cierto sentido, toda la Iglesia, ora a través de sus labios y se hace presente en la alabanza a la Santísima Trinidad. Es una presencia antigua y siempre nueva; a pesar de la falta sacerdotes en activo que cada vez son menos numerosos, su presencia es necesaria para esta Iglesia. Aquella comunidad que no expresa la unidad de su fe y no la celebra solemnemente, desaparece. ¡Tened confianza! nuestros criterios y tiempos no son los de Dios ni los de su Providencia. Él tiene sus planes que se hacen tangibles en nuestra historia concreta; debemos sentirnos eslabones de una cadena de fidelidades. Tantos sacerdotes, con sus obispos respectivos, nos han precedido, tanta santidad de vida nos interpela y nos exige, amorosamente, más entrega. Tanta belleza hecha arte, que se percibe cuando uno entra en este templo por el Pórtico del Paraíso, tanto canto y tanta piedad, como la que resonó en estas naves el pasado día 11 de febrero con motivo de la ordenación episcopal del nuevo Obispo y la toma de posesión de esta sede, que llenó de emoción a muchos fieles aquí reunidos para tal evento - venidos de diferentes lugares de Galicia - son prueba evidente de que este templo es una realidad viva. Podemos estar pasando momentos más o menos críticos desde el punto de vista económico y de recursos humanos, sin embargo, si es evidente que los tiempos son difíciles, no lo es menos que somos deudores de una tradición y de una historia; recuperar la auténtica memoria histórica es siempre necesario, mantenerla es imprescindible y constituye un reto. Sólo desde la perspectiva de la fe tiene sentido lo que estamos haciendo. Es necesario orar y crecer en santidad personal y comunitaria.

Les pido que no se consideren como si estuvieran asistiendo al “ocaso” de la vida de una institución multisecular. Cristo, el Crucificado-Resucitado, es el eterno Amanecer, nuestra Luz.

A los Sres. Capitules enfermos, ancianos o eméritos les ruego que se sientan muy activos y operativos, mediante el dinamismo de la gracia que como esa energía divina hace nuevas todas las cosas. A ellos se les invita a que participen en las diferentes actividades de esta Basílica. Sólo nos puede jubilar definitivamente la muerte, y ni siquiera ella, porque para los que luchamos por vivir nuestra fe en el Resucitado, ésta es la puerta a la Vida. Les ruego a todos que me ayuden en esta tarea, intentémoslo, y no nos olvidemos de que los fracasos nos santifican, las omisiones no, nos frustran y empequeñecen de tal modo que nos encierra en nuestro mundo y así se llega a perder el horizonte de la esperanza. La esperanza es la alegría de la fe, cuando ésta se pierde, nuestra vida, sean muchos o pocos nuestros años, se convierte en una triste realidad que, además de hundirnos en nuestras tristezas, nos hace infecundos.

Que San Martín y Santa María Nai nos ayuden y nos alienten en este camino de esperanza.

Presentación del libro *Papa Francisco. "Píldoras para el alma". Sus mejores tweets*, Espasa, Madrid 2017 (2ª Edic.). Selección de Juan Vicente Boo, corresponsal del ABC en el Vaticano

Salón de actos de la Fundación ABANCA, Ourense, jueves 15 febrero 2018.

Muy buenas noches. Muchas gracias a todos por vuestra presencia. Por poco no llego. Creía que este acto tendría lugar en el salón de actos de Marcos Valcárcel, y allí me dirigí, casi con el tiempo justo. Cuando llegué me di cuenta que sí había una presentación de un libro, pero este era de poesía; y en otra sala una conferencia sobre el "reino suevo". En fin, pensé, me he equivocado de día. Convencido de ello regresé a mi casa, pero en el patio del Obispado me encontré con un buen amigo sacerdote que me preguntó si no iba a la presentación del libro del Papa. Respondí que no era hoy, que no había gente. Que me había equivocado. Pero, en seguida me manifestó mi error y me dijo que era en la Fundación ABANCA. Y aquí estoy, todavía un poco sofocado con las prisas, para no llegar muy tarde.

Mi querido Juan Vicente, eso ocurre con frecuencia en Ourense capital. Casi todos los días de la semana, a estas horas de la tarde-noche, ¡a las 20.00 horas!. Nos podemos encontrar con tres o cuatro actos culturales. Como sucede hoy. De ahí que se le ha denominado a la ciudad de Ourense, y con razón, ¡la Atenas de Galicia!.

Al comienzo de la intervención de Juan Vicente Boo manifestó que me había conocido a través de la Tv, en concreto de un documental de Rome report. Lo que dijo a continuación de mi persona me ha llenado de rubor, por eso, mejor ni mencionarlo. En cambio, yo he conocido a Juan Vicente en 1979. Ese año a mí me ordenaban sacerdote en la Catedral Compostelana y a él le nombraban director del Colegio Mayor Universitario "La Estila" de Santiago de Compostela. Pocos años después hemos perdido el contacto hasta que nos hemos vuelto a encontrar en esa Compostela eterna.

Por eso, cuando Juan Vicente Boo me pidió que participara en la presentación de este libro me sentí agradecido y acepté. Es verdad que la vida está sobrecargada de compromisos y que nos gustaría prescindir de algunos de ellos, pero no siempre es posible porque así son nuestras relaciones humanas y, sobre todo, nuestros compromisos pastorales. Sin embargo, en esta ocasión es un compromiso gustoso: presentar un libro sobre el papa Francisco. Pero este libro del Papa es muy singular porque, en realidad, son pensamientos del Santo Padre seleccionados por este magnífico periodista.

Como nos ha contado Montse, Juan Vicente lleva los últimos 20 años siendo testigo privilegiado de los acontecimientos excepcionales y, además, ha tenido la

suerte de participar en viajes por todo el mundo de san Juan Pablo II, de Benedicto XVI y, en la actualidad, del papa Francisco. Tiene una perspectiva y una visión de conjunto difícil de igualar y eso se trasluce también en esta selección de tuits y en los temas elegidos para distribuirlos ordenadamente.

Los tuits del Santo Padre Francisco están enraizados en el Evangelio. Posiblemente haya detrás muchas horas de meditación personal del Papa sobre la figura y el actuar de Jesús. Un Jesús cercano que va por la calle, por las casas, que se encuentra con la gente, que comprende y cura a los enfermos. El Jesús que nos hace presente la cercanía y la ternura de un Dios misericordioso.

En ocasiones nos encontramos con preguntas como ésta: ¿cómo es Dios?, ¿cómo será el rostro de Jesucristo?. Algunos nos lo preguntamos a veces y nos quedamos confusos. Pero sabemos que si queremos encontrar la respuesta adecuada pudiéramos decir: ¿quieres saber cómo es Jesús, el Hijo de Dios?: Lee el Evangelio y te darás cuenta, muy pronto, que la respuesta la encontramos no en un hermoso concepto, o una fascinante realidad abstracta, sino en la persona misma de Cristo, rostro visible del Dios invisible, el signo vivo del amor de Dios hecho hombre. Casi desde el principio de su pontificado el papa Francisco empezó a hablar de la ternura de Dios, convirtiéndola en un trending topic. (Trending Topic son las palabras clave más utilizadas en un plazo de tiempo concreto en Twitter. Se trata de keywords de moda (también llamados hashtags en Twitter), aquello que es tendencia y de lo que más se habla en ese momento en esta red social) Y uno se pregunta: ¿dónde estaba escondida la ternura de Dios hasta ahora?, ¿a quién se le ocurre hablar de ternura con la amenaza del terrorismo islámico, las guerras, la violencia en nuestras comunidades o con el egoísmo del que tantos, también a veces nosotros, han hecho su proyecto de vida?

¡Se le ha ocurrido al papa Francisco!

Porque la ternura es una actitud del corazón de Cristo, en realidad es una actitud evangélica. El Papa, en vez de explicarnos esta actitud con una definición más o menos abstracta, pone ante nuestros ojos imágenes breves y situaciones concretas que todos, creyentes o no, entendemos a la primera. Por ejemplo, “si no vas a ver a tus padres ingresados en una residencia de ancianos, estás actuando mal”. O, quizás esta otra, que todos recordamos: “hay tres palabras que no pueden faltar en la vida de una familia: gracias, por favor, perdón”.

Yo mismo he utilizado uno de esos tuits del libro que hoy presentamos para mi mensaje de Cuaresma a los fieles de esta Diócesis, me ha parecido no sólo significativo por su contenido ya que nos habla del “camino” y esta es una metáfora que repetimos frecuentemente al encontrarnos inmersos en un Sínodo Diocesano, pero no un camino cualquiera, sino en un camino alegre: La vida cristiana es un camino, pero no un camino triste, sino alegre. Por cierto, también la alegría es otro trending topic del pensamiento del papa Francisco.

Y así, sucesivamente, podríamos seguir añadiendo conceptos, para hacer una clasificación, tal como ha hecho Juan Vicente Boo, con los 500 tuits seleccionados.

Este Papa trata de transmitirnos que es posible otra dinámica, que es necesaria otra lógica. Francisco quiere provocar una quiebra en el proceso de deshumanización en el que parece que corremos el riesgo de instalarnos, a veces sin darnos cuenta. Es verdad que vivimos en una sociedad que ha desarrollado mucho los derechos sociales y un progreso técnico asombroso que nos ahorra muchas penalidades y sufrimientos. Pero el amor y sus manifestaciones no son como el progreso técnico, en el que un avance se apoya, con evidencia científica, sobre el anterior. El amor, y con él la ternura, se sitúa en unos parámetros totalmente distintos. Se encuentra al margen de cualquier categorización reductiva. Va más allá de cualquier convencionalismo.

Las actitudes hacia los demás, como la comprensión, el respeto, la compasión por el que sufre, la atención a la soledad de las personas mayores son elegidas o rechazadas por cada persona, por cada generación, porque no son realidades tangibles ni evidentes como las leyes físicas. Es más, con frecuencia parece que el que ama de verdad, de forma auténtica, se pierde lo atractivo de la vida, lo divertido, y haga lo que haga se gasta inútilmente.

Pues bien, en este libro que hoy presentamos parece como si el Papa nos dijera a cada uno, a través de esos breves tuits: ¡Párate un poco!, ¡no vayas tan aprisa!. Atrévete a elegir el amor, busca el camino de la ternura y de la misericordia y, sin darte cuenta, estarás transitando por el camino de la alegría. Os aseguro que si, en este tiempo cuaresmal -ayer celebrábamos el Miércoles de Ceniza- lleváis a vuestra oración personal cada uno de estos tuits; esta especie de máximas o puntos de meditación, os aseguro que sin daros cuenta entraréis por el camino de la contemplación y, evidentemente, experimentaréis la alegría de la conversión. Os animo a que hagáis la prueba, os aseguro que si lo intentáis no quedaréis decepcionados, ¡todo lo contrario!, porque cada uno de estos pensamientos ha brotado de un corazón lleno de ternura, de un alma llena de Dios, ¡del corazón de Francisco!

Felicito a Juan Vicente Boo por esta iniciativa que, segurísimo, ha supuesto muchas horas de lectura y, yo me atrevería a decir, de oración personal, antes de seleccionar estos 500 tuits del papa Francisco, que hoy nos presentas en este cómodo formato, que para los amantes de los libros, nos resultan, por su tamaño, similares a aquellos libros de bolsillo, tan económicos, y que tantas veces nos acompañaban en nuestra época de estudios cuando no disponíamos de muchos recursos para comprarlos en buenas ediciones. Este tipo de libro resulta agradable incluso al tacto y, para los que estamos acostumbrados a leer, son como esas luminarias que nos alumbran en nuestros caminos.

Para concluir, me vais a permitir que os lea sólo tres de esos tuits que seguro nos ayudarán a convertirnos:

- Toda la historia de la Salvación es la historia de Dios que busca al hombre, le ofrece su amor y lo acoge con ternura.
- Nuestra alegría proviene de la certeza de que el Señor está cerca con su ternura, su misericordia, su perdón y su amor.

Y por último uno en el que nos invita a hacer un propósito en nuestra vida, que nos puede ayudar a caminar por la senda de la conversión, en este momento del año litúrgico en el que nos encontramos: Un propósito diario: transmitir un poco de la ternura de Cristo a quienes más lo necesitan. (pág. 229- 230)

Muchas gracias y espero que sigas acercándonos el verdadero rostro y la auténtica doctrina del papa Francisco, aunque sea a base de estas “píldoras” para el alma, que seguro, todos necesitamos mucho para ser y vivir como esos testigos de la ternura de Dios en un mundo tan complejo y tan metalizado. Estos tuits constituyen, todos ellos, un fuerte revulsivo contra todo aquello que nos aparta de Dios, nos aleja de los hermanos y que incluso nos lleva a perdernos a nosotros mismos.

¡Muchas gracias y buenas noches a todos!

Artículo del Sr. Obispo publicado en el diario La Voz de Galicia, con motivo del Día del Seminario.

Día del Seminario: Una apuesta de futuro

En torno a la fiesta de San José, tanto en nuestra Diócesis como en la mayor parte de España, celebramos esta jornada de especial sensibilización. Las circunstancias culturales y ambientales han hecho que estos centros de formación perdieran, relativamente, su importancia. Hace algunos años, eran uno de los pocos cauces de formación para los niños y jóvenes del mundo rural. En la actualidad, con los centros escolares comarcales y los IES, los Seminarios ha perdido su importancia. Aunque bien es cierto que en ocasiones me encuentro con personas que se sienten agradecidas a la formación que han recibido en estos centros y guardan un cordial afecto a sus formadores.

A pesar de todas las dificultades, en nuestra Diócesis tenemos tres Seminarios, uno dedicado a los alumnos de ESO y bachillerato, y los otros dos a la formación específica de cara al sacerdocio. El Seminario es una apuesta de futuro y si una Diócesis, cuando por situaciones adversas, tiene que cerrar su Seminario, algo pasa en el funcionamiento de su estructura y en la revitalización de sus comunidades. El Seminario no sólo es un centro de formación humana, cristiana, intelectual y vocacional, sino que es el “termómetro” que marca la calidad de vida de una comunidad creyente. Allí donde hay comunidades vivas ¡surgen vocaciones!. Y no podemos olvidar que las vocaciones son un regalo de Dios, y Él sigue siendo generoso. Lo que sucede es que, en ocasiones, nosotros mismos no somos esos constructores de una auténtica “cultura Vocacional”.

¡Del Seminario sale, lo que al Seminario se envía!. Por eso si queremos revitalizar las estructuras de nuestra Iglesia, todos tenemos que esforzarnos por ayudar al Seminario. ¿Cómo podemos hacerlo?. A través de la oración por las vocaciones. Dedicuémosle un día a la semana a pedir por las vocaciones. Cada vez que celebramos una de las muchas novenas - tan frecuentes en nuestra Diócesis - no nos olvidemos de reservar un día para predicar sobre las vocaciones y el Seminario y, sobre todo, ¡no apaguemos con nuestros pesimismo y cálculos, excesivamente materialistas, las incipientes llamadas de Dios en el corazón de los niños y jóvenes!. Es bueno que ellos conozcan estos lugares donde conviven, estudian, rezan, se divierten y se forman los que han apostado por seguir a Jesús en el camino sacerdotal.

A través de esta carta os ruego que ayudéis a nuestros Seminarios con vuestras aportaciones y con la creación de becas, como hacían nuestros mayores. ¡Cuánto bien han hecho esas personas que al rubricar sus últimas voluntades se acordaron del Seminario!. Ellos sabían que Dios nos cuida a través de esos hombres que por medio de una vida sacerdotal entregada y vivida con pasión se convierten en cauces de la gracia y de la ternura de Dios.

CARTAS

Carta a los participantes en el Sínodo diocesano (I)

La aventura eclesial que tuvo su inicio el 20 de marzo de 2016, con el decreto de convocatoria del Sínodo Diocesano - Domingo de Ramos en la Pasión del Señor y conmemoración de San Martín de Dumio, evangelizador de la antigua Gallaeciae - hoy se ha convertido en una realidad hermosa y fecunda, ¡llena de esperanza!. Esta experiencia sinodal ha tenido un largo y fructífero recorrido en nuestra Iglesia en Ourense pero era necesario revitalizarla y volver a poner en valor la sinodalidad, y mucho más si queremos asumir esta nueva etapa evangelizadora que el papa Francisco nos propone, en la que debemos redescubrir que Sínodo es nombre de Iglesia. Una Iglesia que quiere ser comprendida como misterio, comunión y misión. ¡Una Iglesia de discípulos-misioneros que desea vivir un auténtico espíritu de conversión!.

Ya hemos vivido la experiencia de los primeros encuentros en los grupos sinodales, con sus luces y sombras, pero sobre todo con mucha ilusión y esperanza. Hace unos días han concluido las asambleas sinodales de los arciprestazgos. Para muchos de vosotros, los que habéis participado en los grupos sinodales, ha sido una experiencia gozosa de lo que es ser Iglesia de modo consciente, viviendo una comunión en la que descubrimos cómo la diversidad es una riqueza que viene, como la unidad, del don del Espíritu.

Después de la evaluación que hemos hecho en la Asamblea de los Arciprestes, Vicearciprestes y Delegados Episcopales, quisiera recoger la sugerencia que en ella me han hecho: una carta a los sacerdotes, miembros de la vida consagrada y demás fieles laicos para animarles a emprender esta nueva etapa de reflexión. Es decir, a todo el Pueblo de Dios que vive su fe en estas tierras ourensanas.

Ya hemos dado los pasos más difíciles, que son siempre los iniciales. Ahora tenemos que vivir con la ilusión propia de los que nos consideramos discípulos de Jesús, el Evangelio vivo.

Amigos míos: os ruego que no os dejéis inquietar por los encantadores de serpientes, ni por los charlatanes, como nos recordaba el papa Francisco en su Mensaje para la Cuaresma 2018. Vosotros no perdáis el entusiasmo que ha generado saber que vuestro Obispo cuenta con vosotros, con vuestras opiniones y sugerencias que se hacen presentes en ese número tan elevado de proposiciones. ¡Estamos en el buen camino!. Cuando nos ponemos a caminar juntos, sin importarnos de qué grupo somos, o a qué parroquia pertenecemos, sino que queremos vivir una experiencia de comunión, de Iglesia Diocesana, entonces es que estamos viviendo en una Iglesia en camino y en salida. Nos lo han dicho muchas veces. Nuestras comunidades cristianas, de manera especial nuestras parroquias, no agotan en sí

mismas toda la actividad de la Iglesia. La riqueza de nuestra fe cristiana nos lleva a sentir que la vivencia de la comunión de fe y de fraternidad entre nosotros, es decir, de una sinodalidad real, es más fuerte que los pesimismo y la pasividad de algunos, o que la estéril oposición a la experiencia sinodal que postulan otros.

La vivencia personal de comunión que estáis haciendo con los hermanos/as de otras comunidades y parroquias, a pesar de los esfuerzos que os supone, es ya enriquecedor: es una experiencia de Iglesia en salida. ¡Una experiencia sinodal!. Si todavía no has podido encontrarte con un grupo sinodal, bien porque no te han sido propuestos o porque no has sido informado, ¡todavía estás a tiempo para vivir este acontecimiento eclesial!. Te animo a que acudas, cuanto antes, a aquellos lugares en donde ya funcionan los grupos sinodales; o bien que te pongas en contacto con la Secretaría del Sínodo que te indicará el lugar más cercano a tu lugar de residencia. ¡No dejes que tu voz se pierda! ¡No te quedes sin poder vivir esta experiencia de “Igrexa en Camiño”!

¡Con todo mi afecto en Cristo!

Carta a los Diocesanos invitando a participar en la Celebración del Miércoles de Ceniza en la S. I. Catedral.

¡Saludo con cordial afecto, a todos los sacerdotes, miembros de la Vida Consagrada, Institutos Seculares, Grupos Apostólicos, Movimientos y Asociaciones que vivís en esta ciudad de Ourense!

Me dirijo a todos vosotros y, a través de vuestra mediación, a las parroquias de esta ciudad, en especial a aquellas que os encontráis en el casco histórico de Ourense; a todas las demás comunidades y también a los Seminarios y Colegios, con sus claustros de profesores y alumnos, para haceros llegar mi invitación a comenzar juntos - en comunión - el tiempo de Cuaresma.

El próximo día **14 de febrero, Miércoles de Ceniza, a las 19 horas**, en la Catedral de Ourense, celebraremos la Santa Eucaristía.

Es verdad que podéis participar en aquella que se celebra en vuestras parroquias o en las capillas de vuestras comunidades; sin embargo, quisiera hacer mía la invitación que nos hace la Iglesia a vivir este comienzo de la Cuaresma de una manera más comunitaria. Volvamos la mirada a Jesucristo, que quiere que caminemos juntos hacia la Pascua, sabiendo que el proyecto que nos hemos trazado para este año es *ser una Iglesia samaritana y servidora de los pobres*.

A mis queridos hermanos sacerdotes, tanto seculares como religiosos, os ruego que os hagáis presentes en medio de esta comunidad orante, que con su Pastor a la cabeza, se reúne en la “Iglesia madre de todas las iglesias” para revivir la fe, fortalecer los lazos de comunión y crecer en esperanza.

Que nuestro caminar juntos hacia la Santa Pascua sea motivo de gracia y de alegría; eso pido al Señor por todos vosotros y me encomiendo a vuestras oraciones. Con mi bendición y afecto.

Carta a los Diocesanos con motivo de la Jornada de Manos Unidas 2 de febrero de 2018.

¡Compartir!

Este año la campaña de Manos Unidas 2018 tiene un lema que parece un juego de palabras, ¡pero no lo es!. *Comparte lo que importa*. A lo largo de nuestros días y años ¡cuántas veces utilizamos la palabra *compartir*!. Y cuántas nos quedamos sólo en una palabra o una hermosa idea. A veces la devaluamos de contenido, incluso se corre el riesgo de vaciarla de su significado. En ocasiones hemos podido comprobar que algunas de esas personas que siempre la tienen en su boca y la repiten hasta la saciedad, en realidad son los que menos comparten, o si lo hacen, sólo dan esa parte que no les compromete. Estamos acostumbrados a compartir, ¡eso sí!, aquello que nos sobra, o que quizás no nos interesa, o que nos resulta epidérmico y no fundamental para nuestra existencia.

Sin embargo, el compartir del que nos habla Manos Unidas es muy diferente, se trata de hacer partícipes a los demás de aquello que nos pertenece a todos y que forma parte de nuestro propio ser. Cuando *compartimos lo que importa* de veras lo notamos en nuestro propio ser, porque forma parte de nuestra naturaleza más íntima. De ahí que lo más “nuestro”, lo que nos resulta “más importante”, es nuestra vida, y cuando la compartimos con los otros, sobre todo con los necesitados, entonces nos enriquecemos.

Manos Unidas nos ha ayudado, y sigue haciéndolo a lo largo de sus casi sesenta años de existencia, a *compartir lo que importa*; es decir, nos está brindando, constantemente, infinidad de ocasiones para descubrir que “*la vida es un tesoro precioso, pero solo lo descubrimos si lo compartimos con los demás*”. Así reza uno de los tuits con los que diariamente nos obsequia el papa Francisco. Son pequeños pensamientos que, en ocasiones, ni siquiera llegan a los 140 caracteres, pero que los leen más de treinta millones de seguidores.

Cuando nos decidimos a compartir, de acuerdo con el espíritu que alienta los proyectos de Manos Unidas, lo que estamos haciendo es entregar *lo que más nos importa*, que es nuestra vida, ese *tesoro precioso*, que nos resulta más valioso en la medida en que lo compartimos con más personas. Si lo hacemos así, entonces, nuestra cuenta corriente es menos nuestra y algo más de ellos, de esos a los que no somos capaces de ponerles rostro; nuestras propiedades, nos importan menos y no nos atan tanto, porque sabemos que su valor es relativo, ya que son otras cosas las que importan de verdad.

He leído el saludo que la presidenta de Manos Unidas nos dirige y en el que nos ofrece unas palabras del Santo Padre que nos ayudan a descubrir *lo que importa* de veras, y lo que estamos llamados a *compartir*. El papa Francisco afirmaba, en un discurso a los que participaban en la I Jornada Mundial de los Pobres,

el pasado mes de noviembre: *Benditas las manos que se abren para acoger a los pobres y ayudarlos: son manos que traen esperanza. Benditas las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad. Benditas las manos que se abren sin pedir nada a cambio, sin “peros” ni “condiciones”: son manos que hacen descender sobre los hermanos la bendición de Dios.*

Las *manos unidas* es un símbolo que se ha convertido en una invitación constante a compartir siempre y a descubrir que solo en esa dinámica de gracia y de vida, que nos ayuda a salir de la dictadura que ejercen sobre nosotros esos cachivaches, que tantas veces nos tienen atrapados, y nos impiden *Compartir lo que importa*. Colaborar con los proyectos de Manos Unidas y compartir todo lo que ellos significan, no solo contribuye a que, en este mundo lleno de gravísimos contrastes, desaparezca el flagelo ignominioso del hambre en la existencia de tantos miles de personas en el mundo, sino que nosotros mismos somos, aunque no nos demos cuenta, los primeros beneficiados de ese compartir.

Con mi afecto y bendición, me encomiendo a vuestras oraciones.

Carta a los diocesanos con motivo de la Cuaresma 2018 14 de febrero de 2018

“Cuaresma: camino de la alegría”

Hace unos días me encontré con uno de los muchos *tuits* del papa Francisco que me inspiró el título de esta reflexión, decía así: *La vida cristiana es un camino, pero no un camino triste, sino alegre*. Este pensamiento y otros muchos como este, breves, concisos, que no superan los 140 caracteres, los leen cerca de 33 millones de seguidores del Santo Padre. *La vida cristiana es un camino*. No me cabe la menor duda que una de las metáforas que usamos los seres humanos para referirnos al *ser* y *sentir* de la vida cristiana es la del camino, y relacionada con ella, la del peregrino y la del caminante. Por otra parte, en nuestra Diócesis, a lo largo de los últimos meses hemos escuchado esta misma idea de una o de otra forma: ¡Caminar juntos!; ¡Caminar unidos!; ¡Estamos en Sínodo! Pues bien, ahora que iniciamos la Cuaresma, tiempo especial que apunta a la Pascua del Señor, la Iglesia nos invita a que *caminemos juntos hacia la Pascua*, pero este caminar nuestro tiene un objetivo: ser *una Iglesia samaritana y servidora de los pobres*.

Desde esta perspectiva, hagámonos esta pregunta: ¿Cómo podemos caminar juntos hacia la Pascua, siendo una Iglesia samaritana y servidora de los pobres? La respuesta adecuada nos viene por medio de la Iglesia que, en este camino cuaresmal, nos ofrece los remedios con los que podemos realizar este proyecto cristiano: *la oración, la limosna y el ayuno*.

Si durante esta Cuaresma revalorizamos más *la oración* personal y comunitaria nos daremos cuenta que en nuestro corazón brotarán los sentimientos de un buen samaritano. La oración es ese dejarnos ver por Dios - descubrirnos tal como Él nos ve - y así, con un corazón lleno de sus mismos sentimientos, fascinados y transformados por la verdad del mismo Dios que nos ilumina de una forma nueva, podremos contemplar la realidad que nos rodea y, sobre todo a los demás que conviven con nosotros, con ojos nuevos, transfigurados: los ojos de un discípulo-misionero.

Otro de los remedios es *la limosna* que nos cura del egoísmo, nos *libera de la avidez* y de los malos deseos, tira por tierra los *becerros de oro* que tantas veces adoramos interiormente y, sobre todo, nos ayuda a descubrir que *el otro* es un hermano, y por eso *nunca lo que tengo es solo mío*. Pensemos en los rostros de los pobres que hoy nos rodean. En este sentido, los Obispos españoles desean que abramos nuestros ojos y contemplemos esas pobreza que hoy nos afectan y no pueden dejar insensible *un corazón samaritano*: la sociedad envejecida, las familias en crisis, las mujeres y los niños maltratados, la pobreza de los hombres y mujeres del mundo rural y del mar, la situación del paro que afecta a jóvenes y personas de mediana edad, los inmigrantes, los montes y los campos arrasados

por el fuego, etc. Pero también es bueno que en este tiempo cuaresmal, además de las pobreza que sobresalen por su fuerte impacto social, se nos recuerde que existen también aquellas, menos visibles, pero que están afectando gravemente el corazón de muchas personas y dejan su huella dolorosa en la sociedad. Pensemos en la indiferencia religiosa -a veces, incluso, el desprecio a lo más santo-, el olvido de Dios, el rechazo de la fe y de las costumbres cristianas multiseculares de nuestros pueblos.

Por último, la Iglesia también nos recomienda la tradición multiseular del *ayuno*, una práctica ascética devaluada en el ámbito religioso pero que, paradójicamente, se vive como una amable exigencia dentro de todo ese ámbito tan complejo que se ha denominado el mundo del *fitness*. Sin embargo, desde la perspectiva creyente, el ayuno del que también nos habla el papa Francisco es lo que *nos permite experimentar lo que sienten aquellos que carecen de lo indispensable y conocen el aguijón del hambre y*, por otra parte, el ayuno nos mantiene el espíritu despierto para estar más atentos al querer de Dios, a las necesidades de los hermanos y nos ayuda a fortalecer nuestra voluntad.

Quisiera finalizar esta carta invitándoos desde COMUNIDADE a que durante este camino hacia la Pascua, tanto los sacerdotes como el resto de los fieles, nos esforcemos por participar en la iniciativa de las *“24 horas para el Señor”*. El papa Francisco, un año más, quiere que participemos en este encuentro de oración ante la Santa Eucaristía y aprovechar este espacio orante para recibir el Sacramento de la Reconciliación. De entre los últimos Papas, ha sido Francisco el que no sólo ha hablado con frecuencia del Sacramento de la Reconciliación, sino que él mismo nos ha dado ejemplo acercándose a un confesonario para vivir el misterio de la misericordia de Dios ¡La imagen de un Papa, puesto de rodillas en un confesonario, ha sido más elocuente para la gente sencilla, que cualquier documento pontificio! El mismo nos ha dicho: *El Sacramento de la reconciliación necesita volver a encontrar su puesto central en la vida cristiana; por eso se requieren sacerdotes que pongan su vida al servicio del “ministerio de la reconciliación” (2 Cor 5,18), para que a nadie que se haya arrepentido sinceramente se le impida acceder al amor del Padre.*

Durante esta especie de peregrinación cuaresmal hacia la Pascua, contando con la ayuda de la oración, la limosna y el ayuno, sin olvidarnos de la lectura y contemplación de la Palabra de Dios, acudiendo con el corazón abierto al Sacramento de la Reconciliación y viviendo con mayor amor el encuentro eucarístico con el Señor Resucitado, realizaremos nuestro camino con el corazón y las actitudes de un *buen samaritano*. No podemos pensar que la Cuaresma tenga sentido en sí misma y que terminada ésta ya no hay un más allá hacia donde podamos dirigirnos: El tiempo cuaresmal encuentra su verdadero significado en cuanto que nos dirige a la Pascua.

Si así lo hacemos nos daremos cuenta que a medida que nos vamos acercando a la luz Pascual irá creciendo en nuestra existencia la alegría, ya que siempre, en el camino de la cruz brota y renace la verdadera alegría que hunde sus raíces en el misterio fecundo de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, causa y fundamento de la alegría pascual y, por ende, de la auténtica alegría del cristiano.

Os Bendice con afecto.

Carta con motivo del Día del Seminario

Seminarios ¿para qué?

El próximo domingo se celebra el día del Seminario. En los últimos años hemos llegado a escuchar: *Seminarios ¿para qué?*. Resulta paradójica esta afirmación cuando en las visitas pastorales, tanto al mundo rural como a las zonas urbanas, me encuentro siempre con una petición que se repite: *¡Sr. Obispo mándenos un cura!. Tiene que enviarnos otro sacerdote que el nuestro está muy anciano y cansado, ¡ya no puede más!. Necesitamos un cura porque ya no podemos tener Misa los domingos como antes.*

Éstas y otras muchas son expresiones que reflejan los auténticos sentimientos de los fieles con los que me encuentro con frecuencia. Eso quiere decir que para un buen grupo de la población, y especialmente para los fieles, la presencia del sacerdote es imprescindible y, la labor de un buen sacerdote al frente de una comunidad hace nacer la esperanza, de manera especial en medio de esos pueblos que se sienten afectados, seriamente, por la despoblación y la ausencia de niños en su entorno. Pero esos sacerdotes no se improvisan. ¡Del Seminario sale, lo que al Seminario se envía!. De ahí que, si queremos revitalizar las estructuras de nuestra Iglesia, todos tenemos que esforzarnos por ayudar al Seminario. ¿Cómo podemos hacerlo?.

En primer lugar, convirtiéndonos en constructores de esa “cultura vocacional” a través de la oración por las vocaciones. ¡No apaguemos con nuestros pesimismo y cálculos, excesivamente materialistas, las incipientes llamadas de Dios en el corazón de los niños y jóvenes!.

En segundo lugar, os invito a que os acerquéis a los Seminarios de nuestra Diócesis y que invitéis vosotros mismos - porque los Seminarios son de toda la Iglesia, y por consiguiente son de todos - a esos niños y jóvenes para que conozcan estos lugares donde conviven, estudian, rezan, se divierten y se forman los que han apostado por seguir a Jesús en el camino sacerdotal.

Por último, os ruego que ayudéis a nuestros Seminarios con vuestras aportaciones y con la creación de becas, como hacían nuestros mayores. ¡Cuánto bien han hecho esas personas que al rubricar sus últimas voluntades se acordaron del Seminario!. Ellos sabían que Dios nos cuida a través de esos hombres que por medio de una vida sacerdotal entregada y vivida con pasión se convierten en cauces de las gracias y de la ternura de Dios.

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Enero

¡Amad a esta Iglesia!

En este mes de enero, de acuerdo con la Programación Diocesana de Pastoral para este año 2017-2018, está prevista la motivación de las llamadas Asambleas Arciprestales, dentro de la dinámica establecida del Sínodo Diocesano. Todo este movimiento de personas brota de una realidad que le hacía exclamar a San Agustín, un gran santo pastor del siglo V: *Amad a esta Iglesia, estad en esta Iglesia, sed esta Iglesia.*

Sólo desde la perspectiva del *amor a la Iglesia* se puede entender este *caminar juntos* que nos hemos propuesto en nuestra Diócesis. No caigamos en la tentación de buscar realidades eclesiales inexistentes; ni de entretenernos en fantasías pastorales que nos llevan a no querer la realidad con la que nos encontramos, ni a enfrentarnos con ella, sino a imaginárnosla de otra manera. Si nos esforzamos por vivir esa consigna de *¡Amar a la Iglesia!* nos daremos cuenta que ese deseo, que brota del corazón de un cristiano orante, nos ayuda a comprometernos con la realidad y, con un corazón personal convertido, tratar de aportar soluciones o caminos para la conversión pastoral de nuestra Iglesia particular.

Os ruego a todos los hijos e hijas de esta Iglesia que vive en Ourense, de manera especial a los que participáis en los grupos sinodales, a *no dejaros robar la esperanza*, a no caer en el desaliento, ni en el pesimismo, como consecuencia de vuestras reflexiones sobre el primer documento del Sínodo Diocesano: *La parroquia: realidad, identidad y perspectivas de futuro.*

No os canséis de apostar por esta Iglesia que tiene unos rostros vivos y concretos que se nos hacen presentes a través de vuestra parroquia, de la comunidad a la que pertenecéis, del grupo apostólico de referencia, del sacerdote que ejerce su ministerio en medio de vosotros, del obispo, de la escasez de medios materiales, de la ausencia de gente joven, etc. Os suplico que vayáis más allá. Que contempléis la realidad a través de los ojos de Jesucristo, es decir, que tengáis una visión de hombres y mujeres de fe.

El papa Francisco nos dice que *la verdadera evangelización se hace de rodillas*, esta verdad no conviene olvidarla. Así nos lo hemos propuesto al inicio de los trabajos sinodales. Sólo desde la perspectiva de la oración personal y comunitaria, de donde brotará la auténtica conversión personal y pastoral, seremos capaces de vivir con paz y serenidad dentro de esta Iglesia - como nos lo recordaba el beato Pablo VI - *cada uno debe sentirse feliz de pertenecer a la propia Diócesis. Cada uno puede decir de la propia Iglesia local: aquí Cristo me ha*

esperado y me ha amado; aquí lo he encontrado y aquí pertenezco a su Cuerpo Místico. Aquí me encuentro dentro de su unidad.

Que este pensamiento nos ayude a todos y a cada uno de nosotros, los que vivimos en esta Iglesia que peregrina por estas tierras ourensanas, y así descubriremos un horizonte nuevo en nuestra vida cristiana: **Amar a esta Iglesia, como la Iglesia quiere ser amada.**

Me encomiendo a vuestras oraciones y os bendigo.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Febrero

Cuaresma: camino de la alegría

Hace unos días uno de los populares *tuits* del papa Francisco me inspiró el título de esta reflexión: *La vida cristiana es un camino, pero no un camino triste, sino alegre.* No me cabe la menor duda que una de las metáforas más usadas para referirnos al ser y sentir de la vida cristiana es la del camino, y relacionada con ella, la del peregrino y la del caminante. Por otra parte, en nuestra Diócesis, a lo largo de los últimos meses hemos escuchado esta misma idea de una o de otra forma: ¡Caminar juntos! ¡Caminar unidos! ¡Estamos en Sínodo! Pues bien, ahora que iniciamos la Cuaresma, la Iglesia nos invita a *caminar juntos hacia la Pascua*, pero un objetivo preciso: *ser una Iglesia samaritana y servidora de los pobres.*

Desde esta perspectiva, hagámonos esta pregunta: ¿Cómo podemos caminar juntos hacia la Pascua, siendo una Iglesia samaritana y servidora de los pobres? La respuesta adecuada nos viene por medio de la Iglesia que, en este camino cuaresmal, nos ofrece los remedios con los que podemos realizar este proyecto cristiano: *la oración, la limosna y el ayuno.*

Si durante esta Cuaresma revalorizamos más *la oración* personal y comunitaria nos daremos cuenta que en nuestro corazón brotarán las actitudes de un buen samaritano. La oración es dejarnos ver por Dios - descubriéndonos tal como Él nos ve - y así, con un corazón lleno de sus mismos sentimientos, fascinados y transformados por la verdad del mismo Dios que nos ilumina de una forma nueva, podremos contemplar la realidad que nos rodea y, sobre todo, a aquellos con los que convivimos con ojos nuevos, transfigurados: los ojos de un discípulo-misionero.

Otro de los remedios es *la limosna*: nos cura del egoísmo, nos *libera de la avaricia* y de los malos deseos, tira por tierra los *becerros de oro* que tantas veces adoramos interiormente y, sobre todo, nos ayuda a descubrir que el otro es un hermano y,

por eso, *nunca lo que tengo es solo mío*. Fijémonos en los rostros de los pobres que nos rodean. En este sentido, los Obispos españoles desean que abramos nuestros ojos y contemplemos esas pobrezas que hoy nos afectan y no pueden dejar insensible *un corazón samaritano*: la soledad de los ancianos, las familias en crisis, las mujeres y los niños maltratados, las dificultades de las gente del campo y del mar, la precariedad laboral... Pero también es bueno que en este tiempo cuaresmal, además de las pobrezas que sobresalen por su fuerte impacto social, recordemos que existen otras menos visibles, pero que están afectando gravemente el corazón de muchas personas y dejan su huella dolorosa en la sociedad. Pensemos en la indiferencia religiosa –a veces, incluso, el desprecio a lo más santo–, el olvido de Dios, el rechazo de la fe y de las costumbres cristianas multiseculares de nuestros pueblos.

Por último, la Iglesia también nos recomienda la tradición del *ayuno*, devaluada en el ámbito religioso, pero que, paradójicamente, se vive como una amable exigencia dentro de todo ese ámbito tan complejo denominado el mundo del *fitness*. Sin embargo, desde la perspectiva creyente, el ayuno del que también nos habla el papa Francisco, es lo que *nos permite experimentar lo que sienten aquellos que carecen de lo indispensable y conocen el aguijón del hambre*. Por otra parte, el ayuno mantiene el espíritu despierto para estar más atentos al querer de Dios, a las necesidades de los hermanos y nos ayuda a fortalecer la voluntad.

Quisiera finalizar esta carta con una invitación especial: hagamos todos, tanto los sacerdotes como el resto de los fieles, un esfuerzo por participar en la iniciativa de las *24 horas para el Señor* (9 y 10 de marzo). El Papa, un año más, quiere que participemos en este encuentro de oración ante la Santa Eucaristía y aprovechar este espacio orante para recibir el Sacramento de la Reconciliación. El mismo papa Francisco no sólo ha hablado con frecuencia del Sacramento de la Reconciliación, sino que él mismo nos ha dado ejemplo acercándose a un confesionario para vivir el misterio de la misericordia de Dios ¡La imagen de un Papa, puesto de rodillas en un confesionario, ha sido más elocuente para la gente sencilla que cualquier documento pontificio! El mismo nos recuerda que *el Sacramento de la reconciliación necesita volver a encontrar su puesto central en la vida cristiana; por eso se requieren sacerdotes que pongan su vida al servicio del “ministerio de la reconciliación” (2 Cor 5,18), para que a nadie que se haya arrepentido sinceramente se le impida acceder al amor del Padre*.

Vivamos la Cuaresma como el gozoso camino hacia la luz Pascual en el que brota y renace la verdadera alegría del cristiano porque la entrega de Cristo en la cruz es la semilla fecunda de la vida que renace en la Resurrección.

Os Bendice con afecto

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Marzo

¡Gracias Jipijapa!

La misión diocesana en la Archidiócesis de Portoviejo (Ecuador)

Desde que llegué a esta Diócesis, toda la rica realidad significada por **Jipijapa**, un término cargado de una bella eufonía, similar a las hermosas tierras manabitas del Ecuador, en donde está situada esta parroquia, se convirtió para mí en algo habitual y cercano, como si tratase de una de nuestras zonas pastorales.

Hace veinticinco años, cuando nuestros seminarios tenían un mayor número de alumnos y la edad media del clero de esta querida Iglesia ourensana no era tan elevada, se inició una experiencia misionera que sigue presente, y seguirá viva, Dios quiera que por mucho tiempo, en nuestra Diócesis. En aquella ocasión, un grupo de sacerdotes *fidei donum* de nuestra Iglesia particular partieron para aquellas tierras y allí, no sólo construyeron dos grandes templos con sus complejos parroquiales, que llevan el nombre de Santa María Madre, sino sobre todo, y esto ha sido lo más importante, dos zonas de evangelización a través de las cuales miles de personas, la mayoría jóvenes, se han podido encontrar con Jesucristo. Al mismo tiempo, un sinfín de *recintos*, una especie de pequeñas capillas, muy pobres y con muy pocos medios extendidas por los lugares más inverosímiles, pero muy vivas apostólicamente, eran atendidas por este equipo sacerdotal.

En estos años han prestado un gran servicio pastoral y misionero un grupo de sacerdotes diocesanos: **Manuel Rodicio, Camilo Salgado, Manuel Pérez, Digno González, Gumersindo Meiriño, José Luis F. Cadavid, Isaac Pereiro y José Manuel Méndez**. Además de estos *padrecitos*, otros sacerdotes diocesanos y un buen grupo de laicos, coordinados desde la Delegación Episcopal de Misiones, colaboraron en el proyecto misionero de Jipijapa y ruego a Dios que sigan haciéndolo.

Desde mucho antes del 11 de febrero de 2012, fecha de mi toma de posesión de esta Sede, estuvieron prestando sus servicios a aquella iglesia de Manabí los sacerdotes Manolo Rodicio y José Manuel Méndez. Su labor no sólo se centró en Jipijapa, sobre todo en el caso del P. Rodicio, sino que fueron muchos los lugares que se beneficiaron del trabajo entregado de ambos, tanto en las parroquias, como en el Seminario y, de manera muy especial, con todo el clero de aquella archidiócesis.

En estos últimos años, Mons. Lorenzo Voltolini, Arzobispo de Portoviejo, y yo, hemos mantenido una relación estrecha acerca de la atención a la misión y la renovación de la presencia sacerdotal. El diálogo sincero y abierto con D. Lorenzo y con los sacerdotes presentes en Jipijapa y en Manta, el análisis de las posibilidades reales de nuestro clero (envejecimiento y reducido número de ordenaciones) y la reflexión sobre la “misión diocesana” tenida en Consejo Pres-

biteral, nos han llevado a replantear el modo de nuestra presencia misionera en Jipijapa. Con todos los misioneros ourensanos y las comunidades a las que sirven, guardamos un vínculo que deseamos y queremos seguir manteniendo, pues es un compromiso ineludible con la misión *ad gentes*.

Damos gracias a Dios y a Santa María Nai por estos años de presencia, por el testimonio de los sacerdotes que allí fueron y por la generosidad de tantos hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos de nuestra Diócesis. ¡Y por tantos amigos cercanos a la Delegación de Misiones!

La misión sigue siendo una realidad viva en nuestra Iglesia ourensana. Un reclamo siempre abierto a nuevas presencias. La misión diocesana de Jipijapa no se cierra: sigue abierta, y seguirá siendo fecunda. Los frutos de la generosidad de nuestros sacerdotes y de tantos fieles de Ourense siguen presentes. Jipijapa sigue siendo una oportunidad que el buen Dios, a través de la iniciativa del recordado y querido D. Aurelio y de Mons. Diéguez Reboredo, hizo que se abriera en el corazón misionero de esta Iglesia particular. A partir de ahora, dejándonos llevar de la “imaginación” pastoral y de las iniciativas que surjan del Sínodo Diocesano, descubriremos otras formas de presencia misionera, tanto allende nuestras fronteras, como en medio de nuestros pueblos. La Archidiócesis de Portoviejo nos manifiesta *su profundo y fraterno agradecimiento*. Por su parte, la diócesis de Ourense reconoce sinceramente a la Iglesia que peregrina en aquellas tierras de Manabí, con la que se siente hermanada, la ocasión que nos dio y sigue dando para que podamos ser una Iglesia de discípulos misioneros.

Con todo mi agradecimiento y afecto.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense